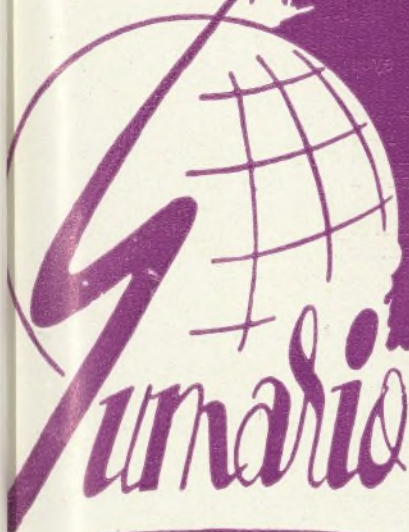


GENIIT

— sociología —
ciencia — literatura

PODROG



Plácido Bravo: ¿Obedecer sin comprender?

Dr. P. Janet: La tristeza.

F. Alaiz: La estatua viva. Noventa días de mi vida en un convento.

Puyol: D. Juan de Austria. Contra la guerra y por la libertad.

Sobre la verdad y el error.

J. M. Peman: Desde arriba.

Alfonso Vidal y Planas: Sobre la cultura.

Carpio Carpio: La política y el hambre en el mundo.

Costa Iscar: El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Abarrategui: Alas sin cielo.

E. Relgis: De mi calendario

Floreal Ocaña: «Autopsia psiquiátrica» de Marilyn Monroe.

Samuel Gottecho: Thoreau y las flores del campo.

R. Mella: Las pasiones.

R. González Pacheco: Del pesimismo.

Denis: El extranjero.

Víctor García: El pensamiento anarquista (folle-tón).

143

NOVIEMBRE - 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



Entramiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

La antigua Gerunda, legado que era del primogénito de los reyes de Aragón, es una de las ciudades viejas, de raigambre histórico y de lugares pintorescos. Fue dominada y gobernada por los moros durante muchos años. El hijo de Carlomagno se las conquistó en el año 797, pero el triunfo fue poco duradero. En el siglo XVII los franceses gobernaron en dueños y señores durante once años. Famosa es su batalla cuando a principios del XIX, 1809, resistió durante nueve meses contra las tropas de Napoleón. Cruel destino el de esta ciudad por lo mucho que ha sufrido su población de los apetitos guerreros de las gentes. Asedios de hambre y de muerte lo fueron también el que sostuvo Felipe III el Atrevido en 1285, y el del general Frim en la guerra carlista, 1843.

Calles tortuosas, pendientes rápidas, escalinatas... Tres pequeños ríos, el Oñar, el Ter y el Güell, la bañan.

Lo más típico, sobresaliente y original son sus arcañas, sus pasarelas y sus puentes.

Gerona tiene barrio judío (1). Muy importante sería recordar la influencia judía en esta zona.

La calle que vemos en la portada es la que conduce al Palacio del Vizcondado. En Gerona está la tumba de Ramón Berenguer III, conde de Barcelona, llamado el Cabeza de Estopa.

Al norte de la ciudad, en el encantador Valle de Llimana, se notan cúspides volcánicas observándose en algunas vertientes la lava solidificada.

Gerona es también el lugar desde donde en 1939, el Comité Nacional de la C. N. T. lanzó su último manifiesto antes de pasar a Francia.

(1) Sin judíos, claro está.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Espleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, René Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Noviembre 1962

Nº 143

¿OBEDECER SIN

NO seremos tan categóricos como ciertos soñadores racionalistas del siglo pasado que pretendieron demostrar, decálogos científicos en mano, que en un futuro inmediato todos los pasos y andanzas del hombre seguirían los caminos geométricos trazados de antemano por el raciocinio; caminos de tránsito y tráfico bordeados de experiencias históricas y jalonados de axiomas filosóficos, única forma de evitar los periódicos extravíos.

De estas premisas, un tanto precipitadas, a la creencia del advenimiento de una era de paz, progreso y justicia, no habla más que un paso, pronto dado por la inflamada imaginación de estos discípulos de la Enciclopedia. Sin embargo, su error deductivo nos es grato. En fin de cuentas, como alguien dijo, la fe en la cordura del hombre quizás sea la única digna de mantenerse contra viento y marea. Es más, estamos convencidos de que el rumbo de la vida solamente esta brújula es capaz de marcarlo para llegar a buen puerto.

Ahora bien: de ahí a profetizar dichos siglos bajo la égida de esta diosa hay un trecho que no podemos salvar sin correr el riesgo de caernos en el vacío de la hipótesis. Ello sería tanto como dotar a esta facultad de un inmenso poder; hacerla capaz de contrarrestar pasiones, confundir intereses, evitar locuras, etc. Y esto no lo permiten los hechos históricos, ni lo garantizan los conocimientos científicos.

Más aún. ¿Qué sabemos del recinto en donde se elaboran las ideas? Decir que es el cerebro, situarlas en el interior de esta viscera, es decir algo tan vago como si se nos indicara el pajar donde se halla la diminuta aguja en cuya búsqueda hemos pasado años por miles. Falta encontrar la mecánica de esta elaboración, el origen de esta substancia químico-psicológica; des-

cubrir además la trayectoria de ésta a través del sinuoso dédalo nervioso, por cuyo conducto visual, auditivo, táctil, etc., observamos, captamos y apreciamos. Y esto, pese a los esfuerzos de Cajal, aún no está a nuestro alcance.

Cuántas veces la razón más firme no ha sido desbordada por el motor sentimental, locomotora cuyas trepidaciones hacen que el mecánico pierda el control y salga de la estrecha vía de la lógica con todo el convoy que arrastra, mecánico inclusive. No menos catastróficos suelen ser los brutales frenazos de la razón para contener las desbordantes pasiones que, por ser tales, no son menos nobles y dignas de tenerse en cuenta que lo es la razón fría o especulativa. El grano de locura que toda obra genial contiene, ¿no es, en resumidas cuentas, la razón puesta al rojo vivo por la pasión? ¿Y no debemos precisamente a esta aleación la conquista y descubrimiento de las realidades y verdades de mayor alcance y densidad?

Todo lo expuesto no debe llevarnos, sin embargo, a perder la fe en la razón. Muy al contrario, no faltan pruebas que proclaman su supremacía, y ello debe inducirnos a propiciar su máximo desarrollo, pues todas las crisis tienen un origen común: la ausencia de la razón crítica. Pero esto nos autoriza a designar los límites apropiados a la razón, como también a negar todas las razones que se nos trate de imponer como artículos de fe; que exijan creencia sumisa, obediencia ciega, acatamiento forzado. Y adjuntamos el calificativo al sustantivo porque hay creencias centrífugas que, si bien nos someten, son la base de nuestras razones vitales, de la misma forma que hay mandatos centripetos a los que obedecemos conscientemente como insoslaya-

bles deberes porque nos permiten reivindicar a la vez nuestros derechos; acatamos no pocos acuerdos que, aun minimizando nuestra libertad personal, refuerzan las libertades colectivas en cuyo seno encontramos seguridad y el ambiente propicio para desarrollarnos completamente.

Precisamente en el menosprecio y olvido de esta supremacía de la razón con todos sus atributos — facultad crítica, inquietudes, curiosidades y predisposición al sacrificio, siempre latentes en el hombre en mayor o menor grado — está el origen y la llave de múltiples dramas psicológicos que jalonan la vida de los regimenes policíacos, basados en el estricto *ukase*, sostenidos por el terror, y en los que el miedo hace indiscutible lo que el *Magister Dixit*. Dramas que se rubrican con tiros en la nuca o en la sien, y se pretenden atenuar con teatrales autocriticas. En realidad, es en estos hechos en los que radica la garantía de un futuro de libertad, en la que es imposible no tener fe.

Los resbalones o defecciones de tal o cual jefe, subalterno o simple subdito — y ejemplos no faltarían para atalarlos — son el balbuceo de unas conciencias caídas en el pozo herético. Sus correligionarios podrán llamar a todo esto traiciones, reniegos o debilidades; para nosotros es la virilidad de la razón que, erguida contra el absurdo dogmático al constatar el error, propicia el total desmoronamiento de su ciega fe.

En estos momentos de duda cabe situar sus vacilaciones, que les delatan fatalmente a los inquisidores del dogma; porque cuesta trabajo fingir el celo por una causa que ya no se siente, y observar las ordenanzas que no se comprenden o se comprenden demasiado bien.

PLACIDO BRAVO

COMPRENDER?

La tristeza

La tristeza es un estado emotivo que comúnmente aparece en el curso de la vida normal, motivado por la constante lucha a que el hombre está sujeto y por las vicisitudes que acompañan a esa lucha. Hay un equivalente patológico de dicha emoción: la melancolía, la cual se presenta ya como una enfermedad perfectamente limitada, ya como complicación en los padecimientos mentales en que aparecen a la vez la depresión y el agotamiento.

Hemos dicho anteriormente que la tristeza es un dolor moral, o, expresado de otro modo, que tiene un fondo penoso o de sufrimiento.

Al aplicar el análisis psicológico a la tristeza, el resultado del trabajo emprendido nos ofrece siete caracteres, que reunidos completan el cuadro al cual se refieren. Vamos a revisar metódicamente cada uno de esos caracteres:

Primero. — El dolor moral se distingue del dolor físico, porque no tiene localización como éste. En la pena o en la tristeza no hay lesiones precisas, ni sitios a los cuales referirlas.

Segundo. — Entre las ideas que acompañan a la pena, se destacan ante todo las **catastróficas**, que no hay que confundir con las de desvalorización vistas en el sentimiento de vacío. En éste, los objetos son reales, y son los enfermos quienes los suprimen. Cuando se trata de la tristeza, los objetos no son suprimidos, pero se les niegan sus cualidades, como en el caso de una enferma que, contemplando un ramo de flores, dice que están secas. La melancolía torna mustias las violetas; de ahí que repugnen a la persona que adolece de ella. Esto recuerda la antigua leyenda de Fausto, en la escena de Siebel, en que la maldición que hizo el diablo provocó la muerte temprana de las flores.

Las ideas catastróficas existen más o menos en cada uno de nosotros, pero aisladas. No así en la melancolía, donde constituyen todo un sistema...

Tercero. — Ocupan también lugar importante, al lado de las ideas catastróficas, las de **empeoramiento** o perjuicio, ideas que son despreciativas, denigrantes, que forman parte de las ideas calamitosas y que es difícil separarse de ellas.

Cuarto. — En la tristeza existe un miedo a la acción que puede presentar diferentes grados, desde el incipiente hasta aquél que en virtud de su exageración, llega a convertirse en miedo del miedo mismo. A esta altura se presenta el sintoma interesante de la inversión de los sentimientos, en el cual los individuos expresan lo contrario de lo que son, a pesar de que Jouffroy dice que sólo se siente lo que se tiene...

Quinto. — Cuando tenemos miedo, huimos de la situación que nos lo provoca, intervengan en esa situación objetos o seres...

Los prometidos, por nada de este mundo llegan

a una ruptura inmediata, a la que temen, y por eso, salvo en casos excepcionales, huyen de las situaciones que pudieran favorecerla.

Sexto. — El fracaso en una empresa hace que se la repudie como no conveniente; pero hay individuos que no suprimen su terquedad y viven en fracaso perpetuo, de modo que una acción de pésimo resultado es seguida de otra, y ésta a su vez de otra, y más tarde de otra, y de otra, y de otra, etc. La consecuencia en este caso es terrible. Esos individuos acaban por buscar la inmovilidad, el reposo, el sueño, actos a los que va comúnmente ligado un lenguaje especial. Se habla sin cesar de la muerte, aunque los que piensan en ella no se mueren. Sobre este particular podría citarse el caso de una mujer que agonizaba cada mañana, pero que de ahí no pasaba. En cambio, un magistrado atacado de una pulmonía, y al que se había hecho un pronóstico fatal, no aceptaba el estado de su agonía. Es difícil saber lo que pasa en los agonizantes, y la clase de conducta organizada que les corresponde, pero en los constantemente fracasados la muerte es un acto imaginario, que llega a la categoría de comedia. Son personajes que cotidianamente representan la comedia de morir.

Séptimo. — En la bancarrota de la vida en que el sempiterno fracasado actúa, llega un instante en que la representación de simple comedia pasa a lo dramático y a lo trágico y es porque al miedo de obrar lo sustituye el miedo de vivir. Hay condiciones extrínsecas e intrínsecas que favorecen tan tremendo epílogo. La fatiga de los caminos seguidos y de los trabajos malogrados, así como de los castillos en el aire destruidos; la reacción de esfuerzo debilitada; el reposo que no conforta y el debilitamiento que se acentúa, además de la exageración hiperbólica de los sufrimientos, a los que se supone no encontrar remedio alguno, precipitan a los enfermos de tristeza en un abismo, en el que se quiere la conclusión del dolor moral y no se encuentra otro refugio que el de la supresión misma, es decir, el suicidio.

DR. PIERRE JANET



La palabra al maestro

La estatua viva

LOS periódicos publicaron en cierta ocasión un telegrama informativo, procedente de Milán. Era un texto conciso y breve, pero sustancioso: « Con objeto de demostrar la superioridad de la verdad sobre el arte, una joven artista rumana se desnudó rápidamente junto a la estatua de Leonardo de Vinci, situada en un lugar céntrico de la ciudad, alrededor del mediodía y pronunció un discurso que oyeron los asombrados transeúntes. Apeló a éstos para que juzgaran si el cuerpo de una mujer moderna no es mucho más artístico que todo lo que han creado los pintores y escultores del Renacimiento. Se aglomeró la multitud, a pesar de la lluvia, frente al teatro de la Scala, escuchando la arenga hasta que las autoridades municipales, avisadas telefónicamente, llegaron con ropa y mantas.

Los agentes tropezaron con dificultades para vestir a la joven, que se defendía enérgicamente; pero consiguieron por fin meterla en un taxi y conducirla a una clínica mental. En el camino continuó atacando a Leonardo de Vinci, haciendo resaltar lo mediocre de sus esfuerzos.

He aquí otro caso de salvajismo fascista. El que dice la verdad se ve, indefectiblemente, en la cárcel o en el manicomio. Y he aquí una coincidencia de las camisas negras policíacas con todos los académicos del mundo, que a última hora no son más que policías del idioma, del sonido o del color.

El carácter de sublimidad y de objetos sagrados que tienen los cuadros de un museo o las estatuas, linda con el mesianismo « tabú ». Al paso que se ensalza el arte clásico se crea una especie de Olimpo para escritores y artistas actuales; un Olimpo, un altar, una hornacina o una capilla o cenáculo.

Pero, en realidad, los artistas, como los escritores, sólo obtienen la beligerancia de la gente de dinero y para obtenerla huyen del pueblo. La artista rumana tuvo el honor de desnudarse para hacer una demostración tan alejada del descoco como de la mojiganga puritana; buscó el anhelo popular y no se equivocó. La estatua de Leonardo de Vinci debió parecer junto al cuerpo lleno de vida palpitante de la rumana, un trozo de piedra.

La literatura que surge como de un surtidor de cada museo, de cada exposición o galería, envenena al ingenuo lector y le hace creer que un paisaje pintado requiere más gusto y más arte que un paisaje construido en el suelo por jardineros y cultivadores; que una figura pintada por Velázquez o Goya es más estimable que el talle de una jovencita.

Paulatinamente se convierte el arte en algo delirante y apasionado, en algo que se cree superior a la vida. Se amontona palabrería para hacer del

arte una divinidad nueva cuando todo el esfuerzo de Miguel Ángel y los pinceles de Leonardo de Vinci no valen lo que un cuerpo vivo. Y mirando a los artistas se llega a comprarles un cuadro por un dineral, a creer que son unos comadrones de la civilización siendo, en realidad, unos aduladores de los ricos.

Goya era el más repugnante de los cortesanos, el hombre que vivía perpetuamente inclinado ante el rey; como Velázquez, que no pasó de ser un criado humilde. De los famosos artistas del Renacimiento nadie hubiera hecho caso de no ser ricos, de no vivir como príncipes entre juergas, borracheras y queridas.

¿Qué artista es capaz de rechazar los doscientos mil dólares que le ofrecieron al matemático Einstein por una juerga en Hollywood? ¿Quién contestaría como él que una hora de laboratorio vale más que todas las riquezas que pueden ofrecerle los películeros?

Se odian los artistas acerbamente, con odio de mujeres histéricas, con odio inextinguible. Se odian más unos a otros de lo que odia a todos esos cómicos y danzantes del reclamo un hombre normal.

Una obra de arte no es más ni menos sagrada que un pan o un rail, que una flor o una estilográfica. ¿Qué es eso de categoría divina vendida a los ricos para ellos o al Estado para meterla en un panteón llamado museo y poner entrada?

Cualquier advenedizo de la cultura se cree artista por el hecho de admirar a los artistas que admira su crítico. ¿Quién hace un motor? ¿No es el motor un objeto de maravillosa síntesis? ¿Lleva firma? No. En cambio cualquier pintorcillo pone la firma al pie de un engendro. Para construir un motor se necesita mayor espíritu de precisión que para dosificar un azul o un verde; más ojo requiere refinar un motor que una paleta.

Cuando se pinta un paisaje se ve por los ojos del pintor predilecto y cuando se es pintor predilecto por los ojos de la moda. Picasso ha inventado unas doscientas maneras para deslumbrar cada año a los snobs con un estilo nuevo. Unos artistas son partidarios de pintar una calavera tal como la ven; otros pintan no la calavera sino lo que ven al contemplar la calavera.

En América vivía Huntington, un millonario que compraba cuadros a diestro y siniestro; cuadros de autores que son el polo opuesto, que se repelen por oposición; cuadros grandes. Los compra a buen precio a condición de que tengan muchos metros cuadrados de superficie. Para eso es millonario.

El mundillo del arte es una cosa manicomial. Hay que tratar a los artistas para comprender que

Noventa días de mi

FUE a fines del año 1935, cuando la miseria obligaba a muchas familias pobres a despojarse de sus hijos desde muy temprana edad, que mi madre, en ausencia de mi padre y en convenio con las monjas de Monzón, decidió enviarme como criada a Lérida, al nuevo convento que iba a inaugurarse en breve. El Noviciado de la Congregación de Santa Ana enviaba cuatro monjas para su representación en aquel claustro.

Y allí fui yo, para irme preparando a esa nueva vida que tenía, por voluntad materna, preparada. Parece ser que el claustro ofrecía condiciones buenas para mi temperamento pacífico y humilde; el proyecto formado por mi madre y esas **santas mujeres** era esperar que tuviera yo dieciséis años y el objetivo se hallaba en el mismo pueblo, y como cumbre Santa Clara. Pero para ello había que prepararme y en esa condición se me enviaba con las otras.

Al hacerse la distribución del edificio recién ocupado, los dormitorios, naturalmente, fueron puestos en los sitios más ocultos y la sala mejor se convirtió en santuario, donde mis rodillas tendrían que posarse diariamente una hora, sin contar las que pasaba en la iglesia de enfrente, antes de que me hubiera podido despertarme del todo.

En cuanto a mi dormitorio, cuando pienso hoy en él, dudo que en aquellos momentos alguien de los que entraban en la casa pudiera adivinar que en lo que llamábamos una carbonera se encontrara un catre donde reposaba siete horas diarias, una criatura de doce años.

A los pocos días de entrar en el convento, pude ya descubrir todo mi infortunio. La monja encar-

gada de la cocina —allí era donde yo trabajaba— se llamaba Gloria. Triste ironía la de los nombres. Yo no sé si Gloria se vengaba en mí de su propia fealdad y su desdicha. Sus únicas palabras para mí eran insultos y por nada me pegaba. Nunca, sin embargo, me quejé, y eso quizás contribuía a darle ánimos.

Me enseñaban a temer a Dios, y yo temía mucho más a Gloria. ¡Cuántas noches, dolorida por los golpes recibidos y llorando como una Magdalena, estaba yo a punto de acostarme, creyendo haber terminado ya las tareas de la cocina, y en el momento en que iba a reconciliarme con Dios y con el sueño, aparecía ella —juez e inquisidor— a decirme que me levantara!

—¿Qué hay, hermana Gloria?

—¡Míralo y verás! ¡Inútil, que no sirves para nada!

Ya estaba yo de nuevo llorando, llena de pánico. Y cuando me levantaba, yendo de prisa a la cocina, sólo veía una cosa sin hacer: la ventana, siempre la ventana. Daba ésta a una galería, y aunque se cerraba por dentro, había que ponerle además una barra de hierro atravesada, para mayor seguridad; y casi siempre se me olvidaba esto, o creía yo que así ocurría, pues a veces he pensado que Gloria lo hacía expreso para no dejarme tranquila y tener el placer de martirizarme.

★

No mentir es uno de los mandamientos de la ley de Dios. Y sin embargo, ¿por qué fueron ellas las que tuvieron que mentirme primero?

El 28 de diciembre de aquel año fue cuando por primera vez conocí la mentira y el engaño. Hasta entonces mi alma se había mantenido en una pureza inmaculada; no concebía la mentira ni concebía que nadie se sirviera de ella para situarse en un escalón superior al de los demás. Aquel día surgió en mí otro ser que yo hasta entonces había desconocido. La creencia en Dios y en su poder se desvaneció, como por obra de magia, de la forma más sencilla que imaginarse pueda.

La congregación de Santa Ana conserva el rito de hacer, en el día de los Inocentes, una fiesta en la cual la monja más joven del noviciado, o sea la última que ha profesado, pasa a tomar el cargo de la superiora, y ésta debe obedecerle como las demás. Yo ignoraba el rito.

Imaginaos por un momento mi alegría, cuando me dicen: «Ya no tendremos más a la hermana Gloria por cocinera, sino que su sitio lo ocupará la superiora...» Esta tenía un temperamento más dulce y yo, pensando que mi compañera de todos los días habría de ser en lo sucesivo ella, me sen-

en general tienen alma de esclavos, alma clasificada. Hay que oír a los artistas cómo se burlan de sus admiradores cuando les sacan los cuartos y cómo pagan a los críticos doctorales como juementos.

El arte divinizado es baja inferioridad. El arte, sin cronistas ni firmas que hay en un pañuelo estampado en una talla de pastor, en una máquina de escribir, superan al arte mimado del filisteo. Esa mujer que se desnudó para poner en ridículo a Leonardo de Vinci es un sér superior, y, naturalmente, los fascistas la recluyeron en un manicomio.

FELIPE ALAIZ

Paciencia, la suficiente, pero no la del cordero.

MIGUEL HERNANDEZ
« El labrador de más aire »

mi vida en un convento

tía feliz y cantaba gozosamente —cosa que hacía mucho tiempo no me ocurría.

Aquel día lo pasé fuera. Y al siguiente, al despertar, cuando vi que era la hermana Gloria quien empezaba a preparar el café, no pude por menos que exclamar:

—Pero, ¿no es la madre superiora que tenía que estar aquí?

—Ayer, sí, no hoy —replicó con su habitual gesto brusco Gloria.

—¡Mentirosas! —dije entonces llorando de indignación—. ¡Son ustedes unas mentirosas!

—¿Qué dices?

—Que son ustedes embusteras... ¿Por qué haber creado en mí una ilusión y una esperanza?

—Tendrás que pedir perdón a Dios por esos insultos —dijo colérica la hermana Gloria.

—¿Perdón de qué? ¿De haber sido inocente, y de que sean ustedes, precisamente ustedes, «hijas de Dios», unas embusteras? ¿De qué tengo que pedir perdón? ¿De que por culpa de ustedes se haya desterrado una fe que se mantenía inocente y pura?

★

En ese hecho simple, intrascendente si se quiere, nació mi alma rebelde. Pero al mismo tiempo caí en una tristeza inmensa, hasta el punto de no creer ya en nada ni en nadie. Escribí entonces a mi padre para que viniera a buscarme —nada podía decirle, sino que estaba enferma—, pero en el convento quemaron la carta: nada podía hacer sin que lo supieran.

Como si el destino se hubiera puesto de acuerdo, al poco tiempo enfermó mi madre y tuvo que ir al hospital. Mi padre, que había regresado, me escribió diciéndome que fuese, pues él no podía con los pequeños. Aquella carta, como la mía, pasó al fuego, y la vida siguió su curso: todos los días comenzaba mi martirio y todos los días se repetía.

Injurias, castigos, injusticias, torturas de toda índole. Yo lloraba amargas lágrimas. Los gustos que se me imponían no eran los míos; ni mis pasos me pertenecían, ni mis palabras tampoco. Sólo era dueña de pensar, y ¿qué puede pensar una niña de doce años?. Me adentré más en mi mundo de silencio, un mundo ajeno al de los demás, donde todo lo veía negro como el hábito de las monjas y como el alma de la que causaba mi infortunio. Aislada en mi soledad, la alegría de los demás terminaba por hacerme daño. Huía la compañía de los niños de mi edad y prefería estar sola. ¡Cuántas lágrimas derramadas; Y, lo que es peor, mi niñez perdida o jamás hallada.

Sola con el peso de mi pena, no tenía ni el consuelo de escribir a mis padres contándoles mis des-



gracias; las únicas cartas mías que podían llegarles eran las que las mismas monjas me dictaban, diciendo que estaba bien y que nada me faltaba.

Mi padre, hombre de poca paciencia, se cansó un día de verme recluida. Y así, una mañana me llamó la superiora, diciéndome algo que estaba yo lejos de esperar:

—Prepara tus cosas para marcharte a tu casa.

Puede imaginarse el lector mi estupor. No creyendo ni mis oídos ni mis ojos lo que oía y veía, me quedé mirando a la monja como quien ve visiones.

En cinco minutos tuve todo arreglado, lista para marcharme. Cuando, ya en el umbral de la puerta, me llamó, regresé temblando y pensé: «¿Me habrá engañado, habrá sido sólo un simulacro para saber si verdaderamente deseaba dejarlas?» El pánico debió dibujarme en mi rostro, cuando me dijo con marcada ironía:

—Tienes tantas ganas de irte, que ni siquiera has preguntado los motivos que nos han inducido a tomar tal decisión. Toma, entérate... y verás que no queremos que en esta santa casa haya un escándalo.

Me tendió una carta de mi padre, tan breve que jamás olvidaré. Decía así:

«Feli, si mañana no estás aquí, pasado mañana saldrás a puntapiés...»

La verdad es que era capaz de hacerlo, y eso temieron las monjas. Así salí de aquel infierno, para no volver a entrar más.

★

Tal es la simple historia de una fe perdida en la infancia. Hoy, a través de estas líneas evoco aquellos noventa días de mi vida en un convento como quien evoca una pesadilla horrible. Ni siquiera el tiempo ha podido borrar todo el sufrimiento pasado.

Hay hombres que aprovechan su popularidad mientras dura, como los enfermos las medicinas mientras los curan.

Pr. MONDOR

Don Juan de Austria

VISITAN, en El Escorial, la tumba de don Juan de Austria, y el informador, al dar cuenta a los visitantes, titula infante de España al vencedor de Lepanto. Me va que apeteció este título y no lo consiguió, por negarse a ello obstinadamente su hermano Felipe II. Hasta última hora no supo Felipe que tal hermano tenía. Carlos V no quiso llevarse consigo este secreto, y al morir en Yuste se lo reveló a su legítimo hijo, interesándose por don Juan, porque todo dice que el emperador verdaderamente le amaba.

Pensaron dedicarlo a la Iglesia, pero se negó a ingresar en ninguna orden religiosa, toda vez que sus aspiraciones iban por otro camino: el de las armas. Tenía mejor figura que el rey y, sobre todo, más simpatía. Juan era afable, Felipe seco; aquél, alegre; éste, huraño; popular uno e impopular otro. Se cubrió de gloria en la Alpujarra, combatiendo contra el moro. Sus éxitos en Granada decidieron a Felipe II a entregarle el mando de las escuadras, al constituirse la Santa Liga, lo cual que en la batalla naval de Lepanto quedó consagrado como soldado excelente.

La acción subsiguiente de Navarino-Modón deslució la anterior campaña. Muere el Papa Pío V, y los venecianos pactan con el enemigo. Fracasa también la tercera campaña de Túnez. Felipe II, quería únicamente «destronar al turco Aludi-Alí, para restablecer al moro Muley-Mohamed, y demantelar unas fortalezas costosísimas de mantener, al paso que el príncipe hermano, a quien negaba el dictado de infante de España, trataba de coronarse en aquel país, donde los españoles desde Carlos V estaban poseyendo el fuerte de La Goleta.»

La desobediencia de don Juan irritó a su hermano, quien receloso de lo que aquél tramaba le ordenó retirarse con el grueso de las tropas a Lombardia, acaeciando que los turcos tomaron La Goleta y el fuerte aquel mismo año.

Don Juan de Austria murió en Flandes, brillando tan sólo por reflejo de su atractivo personal en la corte de un rey hosco en que lo único que brillan son las sombras. Entre sombras queda la misteriosa muerte del príncipe Carlos, entre sombras el asesinato de Escobedo, secretario particular de don Juan, acaecido en Madrid la noche del 31 de marzo de 1578 y en cuyo asunto aparecen mezclados el rey, Antonio Pérez, Mateo Vázquez y la princesa de Eboli, viniendo a pagar los vidrios rotos el Justicia de Aragón don Juan de Lanuza.

Es muy posible que Felipe II se negase a conceder a su hermano el título de infante de España por saber que su padre había tenido este hijo con la criada de una posada de Ratisbona.

A propósito del IV centenario del nacimiento de Cervantes, los fascistas llevaron a la tumba de don Juan de Austria coronas de flores, y el informador de la jira a El Escorial le tituló infante de España. Sí que lo mereció, pero sospecho que fué tan infante como el hijo bastardo de Felipe IV, llamado igualmente Juan de Austria.

Peor bastardía es la de Paco Pitimini — Paco, como el marido de paja de Isabel II — y hace ahora las veces de rey.

PUYOL



El lobo y el pastor

Cierto lobo, hablando con cierto pastor :
Amigo — le dijo —, yo no sé por qué
Me has mirado siempre con odio y horror.
Tiénesme por malo, no lo soy, a fe.

Mi piel en invierno, ¡qué abrigo da!
Achaques humanos cura más de mil.
Y otra cosa tiene, que seguro está
Que no la piquen pulgas, ni otro insecto vil.

Mis uñas no trueco por las del tejón,
Que contra el mal de ojo tienen gran virtud.
Mis dientes, ya sabes cuán útiles son,
Y a cuántos con mi unto he dado salud.

El pastor responde : Perverso animal,
¡Maldigate el cielo, maldigate, amén!
Después que estás harto de hacer tanto mal,
¿Qué importa que puedas hacer algún bien?

Al diablo los doy
Tantos libros lobos como corren hoy.

Ante un porvenir confuso

Contra la guerra y por la libertad

La alarma política se deja sentir por todas partes. A cualquier capa social que se pertenezca, a juzgar por lo que dicen los que en ellas actúan, la preocupación en torno a lo que ocurrirá mañana se deja sentir como algo insoluble. ¿Guerra? ¿Revolución? ¿Paz condicionada por convenio de Estados? Muchas son las conjeturas; todas llevan en sí algo de probable.

¿Qué solución ofrece cada una de esas probabilidades? Aquí es donde cabe introducir el pensamiento; las conclusiones que éste nos dé serán la mejor orientación. Y aun así habrá derivaciones erróneas, nocivas, porque no todos los hombres, ni todas las corrientes de opinión política o filosófica elevarán su voz, y realizarán sus actividades, en aras del conjunto humano.

Aunque así sea, ¿se perderá todo el esfuerzo que se haga en el sentido expuesto? De ningún modo. Siempre queda algo. Más, mucho más que si se permanece inactivo, oscilante. Estas dos posiciones no caben en ningún elemento que diga desvelarse por la Humanidad. El momento que vivimos es vertiginoso; al que no se mueve lo mueven; al que no tenga criterio se lo impondrán.

Hemos de hacer constar que nosotros lo tenemos. De perfil inconfundible; bien arraigado; con un propósito; con normas propias de desenvolvimiento.

¿De la guerra? Ni media palabra más; ya lo tenemos bien discutido. ¿De la revolución? Pero ¿de qué revolución? No todas las revoluciones son progresivas; no todas son buenas en el sentido de tender a reducir los sufrimientos del género humano.

Mas lo que acabamos de decir no implica que rechazemos contundentemente a la revolución. La deseamos a nuestra manera. Es decir, desde el punto de vista liberador, humanista, porque, aunque esto choque con ciertos criterios pacifistas, el gesto revolucionario es protector de la Humanidad cuando tiende, consigo o no, a reducir los sufrimientos. Es ahí donde tenemos una fuente de probabilidades para mejorar la vida, un campo de actividad donde pueden florecer exponentes de vida plausible y meridiana.

La paz condicionada la consideramos inadmisiblemente. ¿Se trata de suprimir temporalmente el ejercicio de las armas en los campos de batalla? ¡Oh, qué dicha!, dirán algunos. La verdad es que hay gentes que se conforman con bien poca cosa. ¿Y qué suerte correrá la mayoría de los hombres en esa paz condicionada? Además, ¿se ha calculado seriamente lo que significaría para el progreso de

los pueblos un entendimiento internacional de todos los Estados? Vale más que no lo veamos.

El porvenir es un engendro del presente; el presente un engendro del pasado. No veremos ni viviremos mañana buenas condiciones de vida social si desde hoy no nos disponemos a engendrarlas. Si esperamos otras circunstancias para empezar, la espera será otro eslabón que hará más fuerte la cadena que decimos es difícil romper; si nos falta el espíritu acometedor, de iniciativa, arriesgado, aunque nos acompañe la sombra del fracaso, caminamos sobre pautas que de sobra sabemos no conducen a ningún buen resultado, lo pretérito de la historia política recobrará actualidad.

Se hace indispensable situarse de otro modo. El éxito está por otros derroteros. La creación del mundo de la paz, del trabajo y de la libertad, debe verse protegida por el ímpetu de los temperamentos, de las inteligencias y de los sentimientos innovadores. Sin esperar la marcha lenta de los que perdieron vigor para empujar el progreso; sin consideración a los que se pronuncian con torpes zigzagueos por haber perdido la brújula orientadora.

No equivale lo dicho a la pretensión de iniciar una marcha tropélica. Todos los frenesís tienen su caída apocalíptica. Lo que defendemos como medida salvadora de la Humanidad, es un método de desenvolvimiento que empíricamente ponga al alcance de los humanos lo que desean, dentro de sus normales exigencias, lo que les hace falta para que la vida tenga su expresión normal.

¿Combatir al capitalismo? Es algo pero no bastante. Y es poco, muy poco, casi nada, cuando se le combate porque el capital lo tienen otros y nosotros no. Hay que inspirar el ambiente de lucha por la natural repulsión que nuestra persona siente a lo que es nocivo para todos; hay que acariciar y defender una interpretación del porvenir por la seguridad de acariciar y defender una interpretación del porvenir por la seguridad de que en él existe la base fraterna que a todos corresponde por igual.

Así debemos situarnos; por esos senderos podemos llegar a un fin de seguridad personal. Pasemos por encima de los actos despreciables que al conjunto de la Humanidad se ofrecen por determinados sectores de opinión; no nos dejemos influir por ellos, ni para respirar maldiciones haciendo a todos los demás blanco de ellas, ni para inhibirnos del lugar y acción capaces de dar realce a lo bueno que el hombre crea o puede crear.

Sobre la verdad y el error

SE está hoy de acuerdo para reconocer que el espíritu humano es capaz de distinguir la verdad del error. O más bien las verdades de los errores. Porque no hay un solo tipo de verdad ni de error.

Se define, de ordinario, la verdad : el acuerdo del pensamiento con el objeto, o el acuerdo del pensamiento con la realidad. Pero la definición se aplica mal a las verdades matemáticas, para las cuales no hay objeto exterior; a las verdades psicológicas, que son esencialmente subjetivas; a las verdades históricas, porque, por definición misma, el objeto al cual se aplica el pensamiento ha desaparecido.

Podemos preguntarnos si la definición se aplica incluso a las verdades experimentales, porque, ¿qué es, para nuestro espíritu, un objeto exterior, sino un grupo de sensaciones y de imágenes?

No hay una verdad de un solo modelo. Hay tantas verdades como ciencias o grupos de ciencias. La verdad es el producto de un pensamiento científicamente dirigido. Pensar científicamente es pensar cierto.

La verdad matemática es el carácter de las proposiciones que el espíritu deduce lógicamente de los principios planteados en el punto de salida de la ciencia.

La verdad experimental es el carácter de las proposiciones que resumen toda la experiencia de la humanidad, todas las imágenes de todas las ciencias.

La verdad psicológica es el carácter de las proposiciones adecuadas a la reflexión profunda de cada hombre.

La verdad histórica es el carácter de las proposiciones sacadas con la ayuda de un buen método, de documentos auténticos.

La verdad moral es el carácter de las proposiciones aplicadas a la acción que, imponiéndose a la conciencia individual, son adoptadas por todos los hombres competentes y parecen deber ser un día aceptadas por todos los hombres.

La verdad — la verdad única y total — no pue-

de ser sino el conjunto coherente de esas verdades parciales. Según la idea profunda de Augusto Comte, la verdad es caracterizada por el hecho de que realiza el acuerdo de todas las ideas en el espíritu del individuo, y realiza asimismo, en un momento dado, o al menos realizará, en la sociedad humana, el acuerdo de todos los espíritus : es decir, por la convergencia moral.

Acuerdo necesariamente provisional : la verdad es provisional porque es el producto de ciencias que progresan.

La verdad no es la contemplación perezosa de un modelo eterno: es, como la justicia social, el resultado de un lento y penoso esfuerzo humano.

Hay, del mismo modo, tantos géneros de errores como de verdades.

El error matemático consiste en una falta de razonamiento. El error experimental tiene por causa una observación mal hecha o una generalización prematura. El error psicológico proviene de una reflexión insuficiente o superficial. El error histórico depende de la aplicación de un mal método o del empleo de documentos no auténticos.

El error tiene una de sus causas en la ignorancia, pero la ignorancia no es su sola causa. No nos engañamos cuando ignoramos y confesamos nuestra ignorancia y nos negamos a afirmar. No nos engañamos cuando ignoramos y suspendemos nuestro juicio.

El error viene de que se afirma cuando no se sabe. No se sabe, y se afirma como si se supiera. No se sabe y se cree saber.

El error proviene de una ignorancia que se ignora. Tiene por doble causa la ignorancia y el orgullo.

Para evitar el error, es preciso, por una labor intelectual encarnizada, reducir la propia ignorancia. Y por una crítica severa, es preciso acostumbrarse a distinguir bien lo que se sabe con una certidumbre relativa; lo que se cree saber; lo que se considera como probable; lo que se considera como posible; lo que se cree y por qué razón se cree.

Lineas de humor

A la salida de una reunión un refugiado está nervioso, habla entre dientes y echa miradas duras a todo lo que ve y a todos los que apercibe.

Otro no menos colérico se pasea alrededor del anterior aunque a cierta distancia, diciendo en voz firme, serena y sin afectación : Ten paciencia Lauro, ten paciencia, es necesario que por esta vez te domines, llegue lo que llegare.

Una señora, viendo la escena de los dos hom-

bres, se acerca y en un « patois » que traducimos dice:

— Hace usted bien de aconsejarle templanza y serenidad. ¿Se llama Lauro su colega?

Al oírla el refugiado, tras una mirada de acero a la mujer, le contesta :

— No, madame, no me dirijo a ése para nada, Lauro soy yo mismo.

Conozcámoslos

Desde arriba

EL que el dominio de los pueblos, sus vaivenes e imposiciones se vayan a resolver en adelante desde el aire — quiero decir por la aviación, cohetes o « misiles » — tiene una realidad y consecuencias más anchas que las meramente bélicas y tácticas. Un mapa es un pliego de papel que ha perdido bastante importancia con relación a esta forma de decidir las cosas. Bien mirado, el aire, con su continuidad incolora, es todo lo contrario de un mapa. La « geopolítica » ha pasado a ser cosa menos decisiva. Antes, el estar juntos o separados, el tener fronteras comunes, con monte o río, era muy trascendente. La política se hacía, a menudo, con anchas metáforas físicas, y que Suiza tuviera una centralidad geográfica en Europa o que España estuviera en un pico o extremo se resolvía en derivaciones psicológicas de neutralidades o extremismos. Cuando la guerra de Sucesión en España, el estar en el centro mesetario o en las costas periféricas de la Península significaba ser partidario de los Borbones de Francia, en contacto por tierra a través del ancho istmo pirenaico, o partidario del archiduque de Austria porque Inglaterra le apoyaba y era dueña del mar. La playa o la tierra adentro eran dos poderosas razones políticas. Y es que entonces resolvía el mundo la geografía y el sitio donde estaba. Hoy, en el aire, se está en cualquier parte, y son otras razones más abstractas de cantidad y poder que deciden.

Pero esta realidad no creo yo que tenga únicamente consecuencias técnicas y bélicas. Un mundo dirigido desde arriba tiene que ser radicalmente un mundo distinto. Los mapas que conocemos son el resultado, sin duda, de un mundo construido por la infantería. La « nación » fue mil veces una arbitrariedad estratégica, y las fronteras han tenido por mucho tiempo alma de trincheras y alambradas. El sistema de cojinetes aislantes por el que la Francia de Richelieu se alomohadilló con una serie de nacioncitas o provincias — Países Bajos, Alsacia, Lorena, Rosellón ¡y si hubiera podido algo de Cataluña y Vasconia! — es bastante parecido al empleado por Rusia con el cinturón de corcho de los países satélites. Todo esto mirado horizontalmente parece la flor misma de la sabiduría estratégica y política. Pero todo esto, mirado desde arriba, adquiere un aire bobalicon de rompecabezas y juego de colores bastante incoherente.

La nación, aparte de toda rectificación doctrinal, empieza a ser un valor decaído. Volar de Madrid a Calcuta en pocas horas es perderle el respeto a cinco o seis naciones. La diferencia que hay entre el vuelo con su neutralidad de cristal y su rectitud indiferente y el aeropuerto con sus

setenta nombres de compañías, sus veinte lenguas y sus cien ventanillas nos marca la diferencia entre lo que empieza a ser futuro y lo que empieza a ser pasado. El aeropuerto es nacionalista, receloso, policiaco, poliglota como la torre de Babel. El aire es universal como la pez : y claro que también como el diluvio.

Pero de esta nueva « aeropolítica » en vez de « geopolítica », se pueden deducir otras consecuencias organizativas, muy fecundas para la paz. Hasta ahora está pasando que la organización internacional, al construirse sobre la « nación » como unidad constitutiva, peca de la misma artificialidad que la organización interior cuando se hace sobre los « partidos ». La Organización de las Naciones Unidas tiene dos términos que expresan orden y paz, « organización » y « unidad », flanqueando un término polémico nacido, por esencia, para el recelo y la pelea : la nación. Cuanto se hace en el terreno « internacional » tiene un poco el defecto del hospital epigramático que hizo don Juan de Robres. Antes de hacer el hospital hizo los pobres. Aquí se quiere hacer asamblea, organización y unidad después de construir una serie de naciones artificiosas y polémicas.

Daría más rentabilidad de eficacia y paz en el orden exterior, como en el interior, la construcción de un orden orgánico sobre las realidades sociales, vivas y ciertas. Ya se ha visto cómo las exigencias económicas se han coagulado antes que nada, anticipándose a las políticas. El carbón o el acero fueron internacionales antes que las naciones. Una organización de paz sería más fecunda si en ella tuvieran escaños las familias, las universidades, los sindicatos. Todo eso tiene tanta sustancia universalista como pueda tenerla la Interpol. Los ladrones son fácilmente internacionales y la Policía también. Yo creo que no hay razón para que no lo sean los « robados » en potencia, o sea los ciudadanos.

La guerra y la paz, antes de ser artificialmente una cuestión de las naciones y gobiernos, es un problema de las peluqueras, los médicos y las cocineras. El clásico, en lugar de los adjetivos enfáticos que luego se le añadieron a la guerra, dijo de ella : « matribus detestata » : detestada de las madres. Una asamblea de la paz sería más realista cimentada sobre organizaciones universales que canalizaran la auténtica detestación de las madres.

Tan cierto es esto, que las realidades vivas se buscan veredas y salidas para ligar esas amistosas pacificaciones que el arbitrio nacionalista no logra. Se va poniendo de moda esto de que las ciudades, dejándose de mayores niveles estatales, se entiendan entre sí. He leído estos días que Lé-

Sobre la cultura

HAY cultura de muchas clases. Un buen sastre, por ejemplo, es persona culta en su oficio, tan honroso y útil este oficio como la carrera del más estirado catedrático. Tan honroso, en efecto, porque no hay sino una honra, y todo el que la tiene, o todo lo que la tiene, es igualmente honrado. No hay « más honrado » ni « menos honrado »; hay sólo « honrado » o « no honrado ». Como « honrillas », en cambio, hay tantas o más que seres pensantes, unos podemos tener « mayor honrilla » que otros; pero — quiero volver a decirlo — ninguna persona honrada puede tener « mayor honra » que otra persona honrada. Ninguna persona ni cosa alguna. La aguja sastreril simbólica, si es honrada, es decir, si el sastre hace con ella buenas obras profesionales, o sea, buenos trajes, es tan honrada como el birrete del catedrático que enseñe bien, esto es, como el birrete que sea honrado. Y dichos birrete y aguja son asimismo tan honrados, cuando son honrados, como las tenacillas del sacamuelas, que no extraiga por mala ninguna muela buena, o como el bisturí del médico

rida se ha hecho amiga de Foix y que Pamplona le ha pedido relaciones a Bayona. Si todos los alcaldes del mundo se van haciendo amigos así, por colleras, de dos en dos, puede que nos encontrásemos con una organización de paz construida con inesperada solidez. Porque no parece fácil que ya nunca Foix y Bayona le hagan la guerra a Lérída y Pamplona, ni que el conde de Mayalde se pelee con el alcalde de Nueva York.

Mil tensiones de este tipo se deslizan cada vez más, en el mundo, por las rendijas de la desajustada organización política. En la hispanidad tenemos, por ejemplo, los gemelos y tocayos: los Toleros, Guadalajaras o Madrides de ambos hemisferios. Luego hay los congresos de médicos, químicos o peluqueros. Las exposiciones. Las peregrinaciones. El turismo. Y la costumbre cada vez más extendida de intercambiar niños, exportando un Pérez e importando un Smith. Lo que necesita todo esto es perfeccionarse. Trabajar hasta que consigamos traer niños chinos, rusos y congoleños. Persuadirse de que el pueblecito de San Pedro de Alcántara también es tocayo de San Petersburgo. Y que nos encontremos un día con que Bilbao ha tenido la iniciativa de trabar personales relaciones con Belgrado. El mundo no tiene otra solución sino hacer como los niños malos, que se arreglan con sus novias sin permiso de sus papás.

JOSE MARIA PEMAN

que no opere de apendicitis al que sufra de tifus, o como la espada del héroe militar — ¡toquemos hierro! — que nunca sea desenvainada al inicuo y cobarde servicio de la injusticia. Y creo que ya he dicho bastante en cuanto a honroso. Y, en cuanto a útil, diré sólo que nadie tiene derecho a creer que los catedráticos hagan más falta en la Tierra que los sastres — por lo menos mientras una de las muchas manías de la humanidad loca sea la de vestirse y desnudarse, por cierto que siempre a escondidas, como si se hiciese algo indebido —. Ni nadie tiene tampoco derecho a creer que los dentistas hagan más falta que los cocineros, a los que tanto trabajo quitan; ni que los médicos sean más necesarios que los enterradores, a los que tanto trabajo dan. Todos los dignos oficios son, por lo menos, de tanto provecho común como todas las dignas carreras.

Sí, hay cultura de muchas clases. Cultura es cultivo; y en la naturaleza humana, como en los terrenos, se cultiva también lo malo. El tabaco, por ejemplo, es dañino, pero se produce en tierra culta mejor que en la inculta. Y así, un fino ladrón, manitas de plata, que sepa aligerar limpiamente los bolsillos del despreocupado prójimo, no es menos culto en las malas artes que un diestro matarife en las peores, ni que un « científico visivisor » en las pésimas. Ni todo lo que se cultiva en la tierra es bueno, ni todas las culturas humanas son honrosas.

Pero aquí se está tratando solamente de culturas honrosas. En cuanto a los buenos cultivos y a las buenas culturas, téngase bien en cuenta lo que a continuación digo muy en serio: La tierra no se cultiva solamente para jardines que den bellas y fragantes flores; que no sólo de flores vive la humanidad, desgraciadamente. La tierra se cultiva también para huertas que produzcan vulgares y benditas patatas, prosaicas y ungidas zanahorias que tan santamente santiguan el estómago, plebeyas y airosas judías, malolientes cebollas y apestosos ajos que tan ricamente perfuman el manjar, presumidos tomates con colores de encendidas rosas, etcétera. Y se cultiva asimismo la tierra para árboles frutales, para trigo, para cebada, para maíz... Pues bien; la cultura humana no es sólo el cultivo intelectual del hombre para darle una ilustración universitaria, sino que es también el cultivo de sus capacidades físicas para dar al ser humano una ilustración de destreza y dominio de cualquier oficio. Ni la tierra que da flores es más culta que la que produce vegetales alimenticios, ni el ingeniero que levanta un puente es más culto que el hombre que hace pan.

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

La política y el hambre en el mundo

EN el orden económico, traducido a cifras, la política de los dos grandes bloques en que políticamente se ha dividido al mundo, encontramos una situación poco promisoría en materia de alimentación a base de cereales. Efectivamente, tomando cifras de 1960, observamos que Estados Unidos de N. A. tiene una población de habitantes 151.500.000 y una producción de cereales pan de toneladas 37.238.000: 5 por 100 de centeno y 95 por 100 de trigo, y Rusia tiene una población de habitantes 209.000.000 y una producción de cereales pan de toneladas 45.000.000: 85 por 100 de centeno y 15 por 100 de trigo.

Para los norteamericanos, la producción de cereal como alimento humano no significa un problema porque su dieta está constituida por otros artículos y el consumo de pan es muy bajo. En cambio, es básico para Rusia, pues constituye el 50 por 100 de la alimentación de su pueblo.

Se necesita una superficie de cultivo de 30.000.000 de hectáreas a un rendimiento de 2.000 kilos por hectárea.

Según el señor N. Kruschew, Rusia necesita por año —cereales alimenticios—: Necesidades totales, 62.000.000 toneladas; por descartes y usos industriales diversos 25 por 100, 15.500.000 toneladas; para panificación y subproductos alimenticios, 46.500.000 toneladas per cápita en el área soviética, calculando 209.000.000 de población, 600 gramos.

Y en 1960 ha obtenido sólo una cosecha de: Necesidades totales, 45.000.000 toneladas; por descartes y usos industriales diversos 25 por 100, 11.400.000 toneladas; para panificación y subproductos alimenticios, 34.200.000 toneladas; per cápita en el área soviética, calculando 209.000.000 de población, 450 gramos.

De manera que está experimentando un déficit de: Necesidades totales, 16.400.000 toneladas; por descartes y usos industriales diversos 25 por 100, toneladas 4.100.000; para panificación y subproductos alimenticios, 12.300.000 toneladas; per capita en el área soviética, calculando 209.000.000 de población, 150 gramos.

Es decir, una cuarta parte de sus necesidades, índice muy alto si se tiene en cuenta que es elemental para alimentar a su población que, con las naciones irredentas del Báltico únicamente anexadas a su imperio, es de 112.000.000, e incluyendo Alemania Oriental, Hungría, Bulgaria, Rumania, Checoslovaquia y Albania, puesto que Polonia y Yugoslavia fueron asistidas por los países capitalistas, 97.000.000. Acusan un total de 209.000.000 de habitantes.

Pero aun en su euforia de producción, Rusia no sólo en 1961 no está en condiciones de prestar ayuda económica de orden político a su poderoso

socio la China, que podría servir de paliativo para cegar momentáneamente su mirada hacia Siberia, con perspectivas de llegar a América por el mar helado de Behring y a través de Alaska, sino que ni siquiera se encuentra en condiciones de atender las necesidades de su propio pueblo. Ese dramático saldo negativo, que en los meses pasados indujo a que se decapitaran cabezas dirigentes del séquito comunista, le impide además proteger a sus satélites, que deben suplir sus necesidades alimenticias contorsionándose como puedan en el marco de las respectivas necesidades.

Con resultar asombrosa la superficie de 30. millones de hectáreas que tiene Rusia en gran cultivo para la producción de cereales alimenticios, escasamente podrá experimentar un aumento tan pronunciado en los próximos años que rebasa el volumen de las necesidades, pueda atender a sus satélites y proteger y llevar adelante la política de expansión económica que se había propuesto.

Los chinos, rusos y demás pueblos del actual bloque de Estados comunistas, representarán en 40 años aproximadamente la mitad de la población de la Tierra. Siguiendo duplicándose la población terrestre cada ocho lustros, dentro de 400 años contaríamos con tres billones de almas, de modo que apenas habría sitio para todos en la parte habitable del globo, aun cuando permaneciéramos de pie, según lo sonsigna el doctor Fritz Baado en su libro «La carrera hacia el año 2.000». Y añade que, el área del suelo arable, de actualmente 1.300.000.000 de hectáreas, que representan apenas un décimo de la superficie sólida de la tierra, fácilmente se podría triplicar. Podrían ararse, sin el menor perjuicio, algunos cientos de millones de hectáreas de prados y pastos. Otros 400 millones de hectáreas de terrenos baldíos podrían ser explotados para la agricultura. Incomparablemente mayores son las reservas que encierran las vastas áreas de bosques y junglas. Bastaría ya un aumento del rendimiento del área hoy cultivada para alimentar a 7.500.000.000 de hombres, pero a condición previa de volcarnos de cabeza desde ahora mismo a la modernización e intensificación radicales de la rotación con métodos ultramodernos, nutrición de las plantas e introducción de sistemas distributivos del ingenio humano y de los productos. Exige una labor de titanes para desarrollar esta acción gigantesca, con sólo llevar adelante una campaña eficaz contra los animales dañinos y la instalación en gran escala de obras hidráulicas para incrementar la agricultura. Tan sólo al pasar de la tracción animal a la tracción motriz podría causar un aumento de la producción de víveres que alcanzaría para 1.000.000.000 de hombres. Aparte de las considerables riquezas para cuyo

aprovechamiento nos ofrece considerables perspectivas la técnica de la congelación y refrigeración, puede decirse que resulta factible resolver dichos problemas dentro de la fatiga que nos acerca al año 2.000, con tal de que la humanidad se abstenga de desperdiciar sus energías en disputas ideológicas con derramamiento de sangre, cooperando unánimemente en pro de esa gran obra a que nos concita el porvenir inmediato.

China, Manchuria, Japón, Corea y Sinkian, pero China particularmente empecinada en su ideal expansionista, tienen sus líneas de fuego dirigidas a Siberia y a la India, en ambos flancos, y están golpeando a sus puertas con las bayonetas. Las palabras, un poco en serio y luego en broma del señor N. Kruschew encierran un secreto que ya no puede ocultarse y el recelo con que los chinos comunistas alientan ese ideal, que va conteniendo la acción de Rusia en su histórica aspiración de rebasar el Bósforo. Los 1.500.000.000 de almas que están haciendo presión sobre 400.000.000 habitantes de la India es tan significativa que hacen crecer el pelo al señor Kruschew y pasman a los dirigentes del Kremlin. Esta marejada humana despierta de una inercia de siglos, que la religión y el feudalismo contuvieron desde milenios. Con pequeñas variantes el objetivo fundamental es idéntico y nadie podrá contener ese alud que lentamente va desplazándose al oeste y al norte, acuciado por el hambre, en procura de un clima más benigno, de tierras fértiles que posibiliten un standard de vida más rendidor a sus penurias. Son golpes de tanteo mientras su comunismo no se sienta seguro de su fuerza individual. Es una corriente, de avance con puntas de flechas dirigidas hacia América por dos rutas, de clima variado y tierras profundas, de zonas ricas aun en seco y exuberantes en regadio, con valles inmensos. En el centro de ese avance se encuentra Rusia titubeando actualmente entre llevar adelante su política de absorción o tender sus líneas con miras a encontrar en los países occidentales un apoyo para enfrentarse al coloso chino. Saben que estos pueblos ya no actúan bajo el imperativo de la religión, sino de una libertad aherrojada por el despotismo. Es un lenguaje nuevo, distinto al de los sacerdotes, que lleva por divisa la sentencia lapidaria de que « el hombre que no lleva el hierro en las manos terminará por llevarlo en los pies », que con fuego puso en la eternidad González Prada. La unión de la China con la India y el área que comprende la Manchuria y Siberia, con centro en Pekín, desarticulan la geografía política y económica de la tierra. Tanto chinos como indios lo saben y van en procura del destino, en este rodar de tan pocos años, a través del sacrificio.

El historiador y filósofo británico, Arnold Toynbee previno que si el mundo no despierta, el hambre volverá a acechar a la humanidad. La civilización ha adelantado tanto en su lucha para reducir el número de muertes que causan el hambre, las enfermedades y la guerra. Hemos comenzado a imponer al juego cruel de la naturaleza un orden humano de nuestro propio cuño. Pero una vez que

el hombre ha empezado a intervenir en la naturaleza, no puede permitirse detenerse a mitad del camino, dijo en Roma en la sesión inaugural de la X Convención de la F.A.O.

No podemos imaginarnos cuántos habitantes tendrá el mundo el año 2.000, es decir, cuando nuestros hijos y nuestros nietos alcancen madurez. En este siglo, dice Mario Monforte Toledo, no sólo hemos visto consolidarse un nuevo concepto del tiempo, sino un nuevo concepto del espacio; las distintas fracciones de la humanidad están cada día más indisolublemente ligadas por el comercio, la transculturación y el destino inmediato; dos sistemas de vida diametralmente opuestos entrecierran y plantean a diario avatares de guerra o de paz que involucran a todos los pueblos, a los muchachos en edad de combatir y a los adultos en edad de reposar. La respuesta para hoy y para mañana, para la paz o la guerra es la misma.

Producción mundial de trigo en 1960 :
(Continente europeo)

País	Población	Toneladas
Austria	7 021 000	590 000
Alemania Federal	52 592 000	4 872 000
Bélgica	9 053 000	719 000
Dinamarca	4 448 000	350 000
Holanda	9 625 000	571 000
Francia	44 600 000	10 881 000
Italia	48 739 000	7 000 000
España	30 000 000	3 580 000
Portugal	9 040 000	440 000
Reino Unido	52 000 000	2 993 000
Irlanda	2 900 000	400 000
Suecia	7 424 000	816 000
Grecia	8 216 000	1 750 000
Yugoslavia	18 397 000	3 940 000
Noruega	3 541 000	626 000
Area soviética : trigo y centeno	209 000 000	45 000 000
	516 596 000	84 528 000

(Continente africano)

Argelia	10 265 000	1 247 000
Túnez	3 783 000	800 000
Marruecos	10 330 000	983 000
Egipto	23 000 000	1 500 000
4 países	47 372 000	4 330 000

(Continente americano : Norte)

Estados Unidos	151 500 000	37 238 000
Canadá	16 000 000	13 325 000
	167 500 000	50 563 000

(Continente americano : Sur y Centro)

Argentina	21 000 000	4 600 000
América Central	9 000 000	

Bolivia	3 300 000
Colombia	13 000 000
Brasil	63 500 000
Cuba	6 500 000
Chile	7 200 000
R. Dominicana	2 800 000
Ecuador	4 100 000
Panamá	1 500 000
Uruguay	2 700 000
Venezuela	6 500 000
Perú	10 500 000
Paraguay	1 700 000
México	32 300 000

123 600 000

(Varios)

Australia	9 952 000	6 250 000
Irán	19 000 000	2 500 000
Turquía	24 100 000	8 615 000
Siria	4 400 000	553 000
India	307 500 000	10 150 000
Pakistán	86 000 000	3 970 000
Japón	89 200 000	1 531 000
	630 152 000	38 569 000

China (no hay estadísticas).

CAMPIO CARPIO

El muerto al hoyo y el vivo al bollo

OTRA vez la barbarie autoritaria desató su furia. Dos bandos en pugna de poder han consumido las obras del trabajo útil y derrochado energías fraticidas. Salieron a relucir, como siempre, la negrura de las sotanas y las melifluas palabras mentirosas, absurdas, de todos los que se desviven por el poder temporal, aunque lo disimulen grotescamente con el místico deseo del « reino del espíritu ». Las armas atronaron la paz mansa e inconsciente de los ciudadanos. Brillaron al sol primaveral los choques asesinos de los espadañes. La sangre de las víctimas inmoladas a la patria y a todas las farsas que maneja la violencia organizada empapó los caminos del hombre. Los desmanes y las depreciaciones con que se embriagan los energúmenos del mando y de la obediencia, ante la estupidez popular, se justifican como una necesidad en pro de la « fuerza del derecho ». Los triunfadores en este zafarrancho aturden a las gentes pasivas con sus oraciones, sermones promisorios, proclamas fanfarronas y esperanzas... futuras. La rémora del rebaño seguirá dando su lana, su sangre y su carne a la monstruosa insaciabilidad del Estado Déspota... Si, Estado y Despotismo son inseparables. Los pueblos se conforman, porque siempre prefieren de dos males el que les parece menor... En vez de combatir al mal en toda su extensión... Y ¿cuándo han podido elegir los pueblos?... Jamás se vió esta realidad, que se esfumó en las sugerencias políticas... ¿Democracia, dictadura blanca, negra o roja?... ¡Qué asco para los pocos que aún razonan en este mundo enajenado!... Son pocos los libertarios y muchos los que son esclavos y esclavistas... Seguirá la trágica comedia hasta que esta humanidad imbécil ahogada en sus propias deyecciones. Ya que es incapaz de vivir biológicamente, todos los medios

que posee para ser razonable y vivir en paz y en equidad, los emplea en su propia destrucción. Hasta que llegue su fin, seguirá invocando a dios, maldiciendo al diablo y produciendo extravagancias. Continuará haciendo los más peligrosos e insensatos equilibrios. Y no logrará el equilibrio que dé seguridad a todos en este mundo desquiciado por una sociedad de malhechores, corruptora de menores, autoritaria, religiosa, mercachifle, estafadora, ladrona, envenenadora y asesina... Y ello a pesar de que en ella también pululan los « salvadores », « curadores de almas » y doctores de toda especie... incapaces de curar este cuerpo decadente de la civilización, ¡falsa civilización!, en que se asfixia el género humano. Y no hay que olvidar que los generales y los purpurados mueren en lecho de rosas mientras la juventud tiene que abonar, con sus cuerpos destrozados por la metralla, la tierra gorda de los cementerios... ¡Que la muerte benigna se nos lleve antes de ver los síntomas de los finales horrores en que perecerá nuestra « divina » especie y dejará así de ensuciar su morada terrestre!...

COSTA ISCAR



ALAS SIN CIELO

(Continuación)

Acaban de entrar en la barraca, con Doña Reyes, que cierra la puerta tras sí, tres beatas del Padre Hidalgo: DOMINGA, MILAGROS y FERMINA. Vienen a fisgonear, con orden concreta de registro oficial.

DOMINGA. — (Persignándose). Que la Purísima Concepción me libre de todo sortilegio.

MILAGROS. — Ave María Purísima...

FERMINA. — Sin pecado concebida.

DONA REYES. — (Imitándoles.) Que San Agapito el Manso ponga su mano bendita sobre nosotras.

MILAGROS. — Si oleis a azufre, persignaos rápidamente con el pensamiento puesto en las llagas del sagrado corazón.

DOMINGA. — Usted se merece el cielo Doña Reyes.

DONA REYES. — Y usted que lo diga. Hija, qué cruces de yel y sal no habré yo cargado con haber casado a mi Bernardo con una criatura así.

MILAGROS. — Y su hijo, qué valor...

DONA REYES. — Y tanto... El pobre mío no tuvo nunca más pecado que el de haberse quedado idiota el día que puso sus ojos en esa pécora.

FERMINA. — Bueno, hermanas, ¿comenzamos el registro, o qué? No vayan a decir que estoy deseando conocer los interiores de nadie, que la Virgen Santísima me libre. Deseandito estoy de salir de esta casa.

MILAGROS. — ¿Dónde está el dormitorio? Porque es en el dormitorio donde se guardan las cosas íntimas.

DONA REYES. — Arriba. Suban conmigo. Con cuidado, no vayan a caerse. Despacio. Yo sé que en uno de los cajones de la cómoda tiene la Elvira una caja de lata donde guarda viejas fotografías. Las tiene aún del antiguo novio. Entre las fotos hay papeles y en esos papeles deben de encontrarse escritas cosas comprometedoras.

MILAGROS. — No sé cómo aún existen en España criaturas de su condición.

FERMINA. — Benignas que somos.

DONA REYES. — La caridad es torpe, hijitas.

DOMINGA. — Pero esto es perjudicar a nuestra intachable sociedad católica.

MILAGROS. — Apostólica y Romana.

DONA REYES. — Callen ustedes, que el ricino que va a tomar le va a quitar las ganas de oler siquiera los brevaes mágicos de la hechicera de su tía Gertrudis. A ver si la suavizan y aprende a supeditarse a la autoridad de su esposo.

DOMINGA. — ¿Qué se puede esperar de una mujer de la vida, como ella? Abra usted ese cajón, Doña Reyes.

DONA REYES. — No me atrevo... Háganlo ustedes, que son las comisionadas por el Padre Hi-

dalgo. Que no se diga luego que porque una es suegra...

FERMINA. — Usted cumple un deber sacrosanto.

MILAGROS. — La santidad de la familia ante todo.

FERMINA. — Nuestra Santa Madre Iglesia exige la pureza y la rectitud de las almas.

MILAGROS. — Y las que están descarriadas deben ser barridas.

DOMINGA. — (Abre el cajón, mientras las otras curiosean por doquier, hasta que acuden a ella). Miren, miren, aquí está la caja. Rodéenme, persignense, invoquen a las ánimas benditas no sea que nos sorprenda en la faena algún demonio conjurado.

FERMINA. — No se preocupe, que yo ya me llevo rezados entre dientes dos «padres», y por lo menos quince «aves».

MILAGROS. — Vaya unas fotos... son buenas.

FERMINA. — Esta debe ser de ella. Qué aires...

MILAGROS. — De cupletista.

DOMINGA. — A ver, déjeme ver, Fermina... igualito que ésas... Pero, guapetona lo es un rato, no se puede negar.

DOMINGA. — El diablo las quiere bien guapas.

FERMINA. — Pues una no es tan fea..., y además no hay que confundir. La Virgen de los Milagros es preciosa.

MILAGROS. — Y tanto, porque es mi virgen. Pero cierren esas lenguas viperinas y cuidado con lo que se dice. Las devotas de la Adoración Nocturna deben poner coto al diablo de la ligereza de palabra y la frivolidad de pensamiento. Realicemos nuestro trabajo social con tacto y buen sentido.

FERMINA. — Vean estos papeles. Cartas a amantes, sin duda.

MILAGROS. — Esto es... un recibo de contribuciones.

DOMINGA. — Y eso es una patente.

DONA REYES. — Todo de la barca de mi Bernardo.

FERMINA. — Una fe de bautismo de Elvira. Nació el...

MILAGROS. — Hermana.

FERMINA. — Informarnos es nuestra misión. Déjese de escrúpulos si quiere ser eficaz, hermana Milagros.

DOMINGA. — ¿Dónde están escondidos los pellejos de piel de gato donde dice que tiene escritos los sortilegios? Hay quien asegura que tiene un baúl lleno. Aquí no tiene ningún baúl.

FERMINA. — A menos que lo tenga enterrado.

DOMINGA. — La tía Berenguela cuenta con minuciosos detalles que hay en la sierra una cueva donde la señora Gertrudis tenía su laboratorio, su cuartel o sala de encantamientos.

- FERMINA. — A mí me han jurado con los brazos en cruz que, cuando la Elvira quería convertirse en gaviota, tenía que hacer, además de unas preparaciones complicadísimas, unas caricias impúdicas al diablo, que se le presentaba transformado de masón protestante. Y hay quien la ha visto con uno de ellos disfrazado de soldado del ejército americano. Pretextos para fornicar con el primer prójimo.
- MILAGROS. — Santiguete, Fermina; por poco pecas.
- FERMINA. — (Se santigua velozmente, asustada).
- MILAGROS. — Levantemos el colchón a ver si hay algo debajo.
- DONA REYES. — Tienen tiempo de sobra. Rebusquen bien entre esos papeles. Verán, verán.
- FERMINA. — Si será ese papel verde...
- MILAGROS. — A ver, lee.
- FERMINA. — Eustaquio falleció lunes tarde. Péssames. Alfonso. Es un telegrama. ¿Quién era Alfonso?
- DONA REYES. — Un cuñado, marido de una hermana suya.
- DOMINGA. — ¿Y Eustaquio?
- DONA REYES. — Un primo.
- MILAGROS. — ¿De quién?
- DON AREYES. — Yo creo que de ella. A mí, su familia me trajo siempre sin cuidado.
- MILAGROS. — ¿Era rojo también?
- DONA REYES. — ¿Eso es para el informe o...
- MILAGROS. — Para el informe, por supuesto.
- DONA REYES. — Pues, la verdad, no lo sé. Supongo que sí. Yo no sé cómo ni cuándo llegó a Francia. Lo que sí sé es que estuvo en un campo de concentración y que enfermó del pecho.
- FERMINA. — Eso se hereda.
- DONA REYES. — Que yo sepa, nadie de su familia estuvo nunca así.
- DOMINGA. — Sería de constitución débil. Pero usted acaba de decir que esa familia le traía a usted sin cuidado.
- DONA REYES. — Y claro que sí. Lo que pasa es que hay cosas que se saben porque sí.
- DOMINGA. — Luego usted se contradice.
- DONA REYES. — Y usted me joroba. Quiero decir que qué importa.
- MILAGROS. — Claro que importa. Mirad: ¿No es esto una carta? Sí... aquí dice algo interesantísimo; escuchen (Leyendo): « Mi amadísima Elvira... » Lo que digo: un amante.
- DONA REYES. — (Sofocada, molesta ya). Ande, calle, mujer, que esa carta es de mi Bernardo, cuando estuvo preso. No sé cómo las guarda. Creí que las había quemado.
- MILAGROS. — (Autoritaria, también molesta por el tono de Doña Reyes). ¿Nos da usted permiso para leerla? A veces, por donde menos se espera... surgen las pruebas.
- DONA REYES. — Pero es que mi hijo no tiene nada que ver con todo esto.
- FERMINA. — Lo que nuestra hermana le pregunta es si se puede leer o no. ¿No tendrá usted ningún inconveniente, verdad?
- DONA REYES. — Por mí, pueden ustedes leer esa carta y el Quijote.
- MILAGROS. — (Severa con ironía). Gracias. Pues bien, aquí dice: « Vivo con la esperanza de salir pronto. Corren rumores de que nos llevan a la prisión del pueblo a dos paisanos y a mí, y que nos revisarán la causa ». Aquí sigue algo tachado por la censura, lástima. « Se está comprobando mi inocencia y como mi comportamiento es bueno y acepto humildemente la disciplina de la prisión, estoy seguro de que pronto podré abrazarte. Te quiere con toda el alma éste que no te olvida un instante y que lo es Bernardo ».
- DONA REYES. — No era necesario haber leído esa carta, vamos, digo yo.
- MILAGROS. — Eso debió usted haberlo tenido en cuenta mucho antes. Su culpa es que estemos nosotras aquí. Y sepa usted que más nos desagrada a nosotras meternos en la vida privada de nadie.
- DONA REYES. — Bueno, ¿y yo qué he dicho? ¿Protesto acaso? Cumplan ustedes con su deber, hacen bien. La observación no tenía ninguna importancia. Una es madre.
- FERMINA. — ¿Y de qué tiene usted que avergonzarse?
- DONA REYES. — ¿Avergonzarme yo? Lo que quiero es que traten de encontrar el modo de dar un justo castigo a esa bruja.
- DOMINGA. — Sugiéranos otro escondrijo. Aquí no hay más que papeles inocentes, fotos de bodas, de bautizos, de comuniones, de carnaval...
- DONA REYES. — (Amargamente.) ¡Eso, de carnaval! Veán en esos cajones y yo miraré en la mesilla de noche.
- FERMINA. — Algo debe haber en la casa. No es posible que hubiera sospechado nuestra visita de investigación. Yo veré en esa alacena. Y en esa bolsa de costura.
- DONA REYES. — (Sacando una foto del cajón de la mesita de noche.) ¡Ah, la pécora! Aquí tiene otra foto de Benito.
- FERMINA. — ¿El primer novio?
- DONA REYES. — Ese que aún después de muerto la tiene dominada.
- DOMINGA. — ¿Tan guapo era?
- DONA REYES. — (Mostrando la foto, indignada.) Un loco, un visionario. Tenía, eso sí, una labia de miedo. Pero ese no la hubiera podido hacer feliz, de ningún modo. A esa no la hace feliz más que el vicio... Y si ella está loca por él, no es más que para tener un pretexto cuando dice que va a encontrarlo entre esos cadáveres de marinos y aviadores que traen las olas a las costas neutrales de España. Lo que digo: loca de remate o rematadamente viciosa. Lástima de mi Bernardo.
- DOMINGA. — (Sacando un par de zapatos de alguna parte.) Aquí hay un par de zapatos blancos.
- FERMINA. — ¡Y que son de raso! También la gente del mar tiene sus extravagancias.
- DONA REYES. — Son los zapatos de la boda...

MILAGROS. — ¿Cómo? ¿No se casó de luto por su padre y por su hermano?

DONA REYES. — ¡Si no me dejan ustedes acabar, leñe! Digo que son los de la boda que proyectaba con su adorado Benito, el novio rojo. No sé cómo Bernardo le consiente guardar estas reliquias.

FERMINA. — En la hermandad de pescadores le deben estar enseñando la práctica de la humildad.

DONA REYES. — ¿Eso es humildad? Yo a eso le llamo cobardía. ¡Vamos, señoras! A veces me pregunto si después que se ha vuelto la camisa se le habrá soltado alguna pieza del corazón.

FERMINA. — El corazón no tiene piezas.

DONA REYES. — Es un decir.

MILAGROS. — Y de ser así, ¿lo lamenta usted?

DONA REYES. — (Inquieta.) ¿Lamentar, el qué? ¿Que mi Bernardo haya sido razonable y haya reconocido que sólo un régimen como el que goza España podría colmar nuestras esperanzas? De ningún modo, señora, de ningún modo. Yo grito, arriba España, como la primera... Lo que me inquieta en mi Bernardo es verle tan incapaz de romperle la cabeza a la Elvira cuando ella se sale de sus casillas.

DOMINGA. — ¿Lamenta usted que su hijo no sea un salvaje?

MILAGROS. — Lamenta que no sea un tío como debe ser.

DONA REYES. — ¡Eso!

FERMINA. — Pues le rezaremos a Santa María-Casilda del Valle-Umbroso, que es patrona de los hombres débiles.

DONA REYES. — Pero es que mi hijo... no es un débil.

FERMINA. — Cualquiera le toca a su hijo, señora. Bueno, se acabó. ¿Han mirado ustedes en esa caja de cartón?

MILAGROS. — Precisamente, es eso lo que yo pensaba hacer. (Abriendo la caja y rebuscando en ella.) Vean, pañuelos. Pañuelos blancos. Y esto, ¿qué es?

DONA REYES. — Ese pañuelo no lo había visto yo.

MILAGROS. — Y está manchado de sangre. Porque esto son manchas de sangre.

FERMINA. — Sí que lo parecen.

MILAGROS. — Lo son.

FERMINA. — Sin duda, de su Benito.

MILAGROS. — Eso es mucho decir. El pañuelo es del ejército. Y no del español. Aquí se ven unas iniciales. Miren, miren. Una erre, una a y una efe...

DOMINGA. — Claro, la RAF. La aviación de los ingleses.

FERMINA. — ¿Qué mayor prueba de culpabilidad contra Elvira? Es lo que yo me figuro: una espía. Lo de las brujerías no es más que un truco. Esa gente sabe más... ¿No creen ustedes que ya hay suficientes pruebas para acusarla de espionaje y mandarla a la hoguera?

MILAGROS. — Querrás decir fusilarla, hermana. Lo de la hoguera se estilaba en otros tiempos.

DONA REYES. — Qué más da una cosa que otra. No se disgusten por eso.

DOMINGA. — Animas benditas del purgatorio, interceded por nosotras. Acercaos, en postración humilde al Sagrado Corazón de María con el ruego de que vuestras devotas servidoras consigan la justa extinción de nuestros enemigos... De nuestros enemigos, libranos por nuestras manos, Señor.

MILAGROS. — Ave María Purísima.

LAS DEMAS. — Sin pecado concebida.

MILAGROS. — ¡Ay, qué alivio! Anden, vayamosnos ya. Basta por hoy. (Se disponen a bajar, seguidas por Doña Reyes; pero Dominga y Fermina, intencionadamente, se distraen un instante más contemplando el dormitorio que ellas han revuelto.)

DOMINGA. — Hermana Fermina, ¿sabes qué he encontrado?

FERMINA. — No, si no me lo dices, hermana.

DOMINGA. — Un emblema militar.

FERMINA. — ¿Por qué no se lo has dicho a la hermana Milagros?

DOMINGA. — Porque este emblema no es de los aliados, ¡mire!. Es de un uniforme alemán.

FERMINA. — ¿Está segura?

DOMINGA. — ¿Cómo no he de estarlo, si mi hermano Emilio está en la División Azul y en casa nos sabemos de memoria todo lo que a los ejércitos del eje se refiere!

FERMINA. — Pues, entonces, hace bien en ocultarlo. Eso estropearía nuestros planes. (Pausa.) Verdaderamente, esa mujer es un bruja. No lo comprendo.

MILAGROS. — (Gritando desde abajo a las rezagadas.) Sí, ya vamos. Estábamos observando la hermosa vista que tiene este palomar. Se ve el mar allá lejos, tan azul, tan bonito. Las pocas ventanas que yo tengo en mi casa dan a un patio muy sombrío.

DONA REYES. — (Murmurando aparte.) Como su alma.

MILAGROS. — ¿Decía usted?

DONA REYES. — (Entre dientes, sin ganas.) Que sí, que estamos bien. (Fermina y Milagros han bajado y se disponen, con Dominga, a salir.)

FERMINA. — ¿Quién tiene el pañuelo ensangrentado?

MILAGROS. — Yo. Lo tengo guardadito en mi bolso. No soy tan tonta que lo olvide.

DOMINGA. — ¿Se viene usted, doña Reyes?

DONA REYES. — (Con fastidio, hipócritamente.) No, hijitas mías. Yo me quedo para poner un poco de orden aquí. Vayan ustedes con Dios. Y a ver si pierden ese pañuelo y se queda mi nueva sin ganarse lo que merece. Anden, no se preocupen por mí.

FERMINA. — Bueno, adiós.

MILAGROS. — Muy buenas...

DOMINGA. — Quede usted con Dios... (Salen las beatas santiguándose.)

ABARRATEGUI

(Continuará)

De mi calendario

NO podemos hablar hoy de literatura nacional en un sentido político, limitándola a las fronteras de cierto Estado. La interdependencia cultural es tan evidente como la interdependencia económica y los elementos culturales circulan en todas partes, realizando la endósmosis y exósmosis espirituales entre los pueblos situados en varios planos de la evolución. Lo que dirige en nuestros días del mundo es la ley de la unidad, a pesar de los desmentidos sangrientos de las guerras entre Estados y las revoluciones internas entre clases sociales y partidos políticos.

Toda literatura vale por los elementos universalistas, humanos en general, que puede expresar. Naturalmente existen variedades, como las hay en las flores de un jardín. En cada país se pueden encontrar características de orden antropológico, « telúrico », formas de vida popular, más o menos pintorescas, costumbres determinadas por las condiciones físicas de la existencia; pero detrás de esas apariencias del momento social o político, tenemos que buscar siempre lo que es común en todas las colectividades humanas, indiferentemente de la raza, la religión o el grado de desarrollo de la civilización.

En conclusión, aceptando las variedades locales, queremos descubrir los valores permanentes incluidos en formas específicas, eliminando, a nuestro juicio, todo criterio de orden exclusivista, personalista o sectario.

La literatura de los pequeños países, como Holanda, Dinamarca, Suiza, Bélgica, se ha incorporado a la literatura universal precisamente por sus valores humanistas, por lo que puede unir a los hombres de todas partes, creando un puente de unión entre las poblaciones de varias regiones.

Aplicando ese criterio a la literatura de los países sudamericanos, podemos reconocer que en el siglo pasado la literatura nacional se ha manifestado en una forma embrionaria, más bien documental, expresando las tendencias de las « soberanías nacionales », apenas en sus comienzos. Pero nosotros, pese a las discrepancias políticas entre los veinte Estados de este continente, consideramos a Sudamérica como un conglomerado unitario, no sólo lingüístico, sino también cultural. En ninguna parte hay tantos elementos comunes como en Sudamérica; y tenemos que insistir en ese sentido, para combatir lo que se llama el orgullo nacional, la famosa « soberanía » y tantos otros lemas de orden político, en relación con los intereses momentáneos de los gobernantes.

Como escenario, la literatura nacional de esos países es muy variada, por su cuadro geográfico, por sus peculiaridades étnicas y psicológicas; pero

todas esas literaturas regionales constituyen la múltiple eflorescencia de la literatura sudamericana, que expresa la unidad del continente, considerado como una gran reserva de la cultura del Porvenir.

..

No es una exageración decir que el **homo americanus** es también el prototipo de lo que ciertos americanistas entienden por **homo cósmico**. Para nosotros, dicha expresión está limitada a los elementos humanitaristas, valederos en todas partes.

Y no ignoramos los influjos de la cultura europea durante siglos, que han determinado en Sudamérica algunas formaciones propias y aun creaciones originales. Creemos en una síntesis de los valores culturales europeos y americanos, por encima de los intereses políticos y económicos del momento. Para dar un solo ejemplo de esta fusión de valores euroamericanos, es en el Uruguay donde podemos descubrir el substracto de una cultura en lento pero evidente desarrollo. El humanismo tiene en este país algunos precursores. He analizado en un capítulo de mi libro « Perspectivas culturales en Sudamérica » ese neohumanismo a través de la obra de Rodó, cuya aparición — según su compatriota, el profesor y poeta Emilio Oribe, « es inexplicable en nuestro medio y en nuestra raza... Rodó se nos aparecería como un ejemplar anticipado de ese espíritu definidor... de resonancia cósmica y raíces telúricas que concretará lentamente en formas artísticas, culturales y políticas, distintas y más perfectas que las extranjeras y que lograrán ser las realidades representativas y originales de nuestro continente. »

No sé si esas formas, esas realidades serán « más perfectas que las extranjeras ». Sólo me atrevo a sugerir cual es la forma de cultura que prefiero: es una síntesis armoniosa entre el antiguo humanismo europeo, enriquecido por la ciencia moderna y las fuerzas nativas, creadoras, apenas explotadas y explotadas de las realidades biológicas, sociales y espirituales de esas partes del continente llamadas hispano, ibero o Latinoamérica, Indioamérica o Amerindia. Hay quienes, ampliando el concepto Europa-América, emplean los vocablos Murindia o Ameropa.

Pero lo que hace falta todavía es el espíritu crítico. Muy pocos, en este continente, tienen una visión integral del fenómeno cultural, es el criterio histórico y bio-bibliográfico. Es verdad que en nuestros días no hay en Sudamérica un ambiente cultural extenso, unitario, sino tan sólo islas de cultura o, como dijo el profesor C. Vaz Ferreira, esos pulmones de cultura que son las Universidades. Sin embargo, el espíritu crítico es tanto

*En el mundo autoritario***«Autopsia psiquiátrica» de**

(Continuación)

Demasiado hicieron los psiquiatras en favor de los causantes de la muerte de Marilyn, no señalándolos con el índice. No se han hecho cómplices de sus « asesinos psicológicos » en el grado que éstos pretendían y nosotros no podemos ni queremos hacernos cómplices morales de los mismos comprendiendo y callando el porqué del acto de Marilyn, y lo que de protesta humana significa contra los que la trataron con tanta crueldad mental, de forma tan inhumana.

Tenemos la seguridad de que los médicos psiquiatras « seleccionados » que intervinieron en el « caso Marilyn Monroe » se alegrarán de que salgan a la palestra escritores con dignidad e independencia intelectual, y muchas voces del Pueblo, como las nuestras, para hablar claro y fuerte, sin cortapisas, a los « poderosos » intereses políticos y comerciales o económicos que hacen cerrar las bocas de funcionarios públicos y a otros, que no lo son, por temor a sufrir las represalias económicas — y otras « peores » — de los tiburones del poder y de las finanzas.

De lo sucedido a Marilyn Monroe ha hablado toda la prensa mundial, incluyendo la de la URSS y la del Vaticano. La de estos Estados, en particular, ha intervenido poniendo más de relieve que lo hacían en favor de sus respectivos y mezquinos intereses políticos y religiosos que representan dejando en realidad malparada a Marilyn. La prensa del « zar rojo » — que en su feudo ruso aniquila a los individuos humanos que aman y defienden la libertad — acusa al Tío Sam de que « fabricó una Marilyn que luego él mismo destruyó ». Por su parte, el « zar negro », el dictador del mundo ca-

tólico, el Papa de Roma, por vez primera, pese a que condena el suicidio y consecuente, debiera haber callado, aprovechó el frío cuerpo de Marilyn para friamente, con cálculo materialista, ofrecerlo como ejemplo de a dónde conduce — y puede conducir a otros semejantes — el materialismo que predomina en nuestra época. Añadimos que ha predominado, en todas las épocas del mundo autoritario y continuará predominando mientras éste exista.

¿Cómo se atreven a hablar con tanta impudicia los voceros de Kruschev y del Papa y todos los representantes de Religiones y de Estados que amasan inmensas fortunas símbolos del capitalismo — privado o de Estado como existen, actualmente, en Rusia y en el Vaticano — del materialismo que los dos « zares », en particular, simulan combatir públicamente? ¡Cuánta pobreza moral exponen a la vista de la parte de la humanidad que tiene los ojos bien abiertos! Un hecho o problema eminente y profundamente humano y social lo tratan desde el punto de vista de sus conveniencias materialistas, estrechamente egoístas, políticas y religiosas.

Marilyn Monroe fue víctima del mundo autoritario hipócrita y ruin que aquéllos y otros autoritarios políticos y religiosos representan. Estos tendrían derecho — para tenerlo debieran dejar de ser lo que son en el mundo de las ideas — a dar lecciones de moral desde Rusia, desde Roma o de cualquier otro lugar del planeta Tierra si las dieran con los actos de sus vidas, en esta vida, como Cristo — Marilyn se sacrificó por los suyos como demostraremos más abajo — y el « Quijote » que existieron y existen, de carne y hueso, en nuestros días, en todos los pueblos del orbe aunque, por desgracia, en corto número.

Cuanto no tengan cegados sus entendimientos, por dogmas y prejuicios comprueben cómo coinciden para beneficiarse en sus respectivas posiciones políticas y religiosas un jefe de Estado que se llama ateo y el de una religión, jefe del Estado de la ciudad vaticana, como han coincidido, desde épocas que se pierden en la noche de los tiempos, en el sentir, en el pensar y en el hacer el « Quijote » y el « Cristo », con cualquier nombre, éstos y aquéllos, al tratar, de forma radical, y diametralmente opuestas, los problemas sociales, económicos, culturales y humanos.

Proyectándose ante la opinión pública mundial, la crítica que la prensa vaticanista y Radio Vaticano han pretendido hacer al materialismo de Marilyn Monroe, a su « mala vida » es, inconscientemente un homenaje a la misma, reconocerle un valor humano que no se explican y, por lo tanto, no han podido comprender para explicarlo. De haberlo comprendido hubieran callado. Pero algo humano, al margen de deísmos, les hizo ha-

más necesario en la fase de formación de toda cultura regional o racional.

Ya llegó el tiempo de salir de los estrechos círculos académicos, de las capillas literarias, de las salas donde se festeja con un banquete la publicación de un librito de poemas, y de reemplazar los actos de homenaje en tantas ocasiones personales por el ejercicio del espíritu crítico que busca, en toda la obra, al lado de los valores genuinos del autor, su aporte a la cultura supranacional, es decir, humanística y universal.

La crítica auténtica es, en una palabra, trabajo de cirugía. Es menester los tumores de las vanidades personales, las excrecencias cultivadas artificialmente por cenáculos exclusivistas y fomentar con sincera, asidua y desinteresada colaboración las iniciativas independientes y los empeños — demasiado a menudo solitarios e ignorados — en todos los dominios de la creación literaria, artística, filosófica y científica.

(Continuará)

EUGEN RELGIS

MARILYN MONROE

blar y significa un reproche de su propia conciencia moral humana a su conducta religiosa y política que hace ostentación de inmensas riquezas con las que podrían evitarse muchos dolores y salvar millones de vidas de sus semejantes. Adoptan el comportamiento contrario para defender sus dogmas y los fabulosos intereses que representan y gozan.

Los ensotados del Vaticano sintieron lo humanitario, lo noble y rebelde del acto de Marilyn, que lo realizó sin darse perfecta cuenta de la honda significación del mismo. Y aunque incompatible con la religión que defienden, sintiéndose al fin humanos no pudieron reprimir comentarlo. En realidad tomaron la palabra en defensa del mundo inhumano que acabó con la vida de Marilyn Monroe por ser su propio mundo. Instintivamente trataron, también, de defender sus falsas o antiprogresistas y antihumanitarias creencias, y salvar su responsabilidad moral con respecto a lo ocurrido a la artista precipitada. Pero no escapan a ésta, porque está bien probado que son los principales sostenedores del mundo autoritario como lo demuestra, sobradamente, un solo hecho : que aceptan, propagan y exigen la sumisión que éste impone a la mayoría de los hombres, a los trabajadores en beneficio de las clases privilegiadas que detentan las riquezas que aquéllos producen.

Es lamentable comprobar en pleno siglo XX, en la Era Atómica, el gran número de personas inteligentes, hasta con uno y más títulos académicos y universitarios, que moldeadas sus mentes y sus « psiquis », religiosa o políticamente, desde la más tierna infancia, no se dan cuenta de una verdad fundamental muy sencilla que, cuando la adviertan, producirá la rebelión de sus espíritus : que los conceptos sedicentes humanistas y moralistas de las religiones y políticas, de toda clase y color, forman su bagaje de engaños, burdos unos, y sutiles otros, sin los que no atraerían — como el torero se sirve del engaño para engañar al toro y el pescador para pescar — a sus doctrinas ni a una persona siquiera, y menos en nuestros días de avances tecnológicos y científicos. Para engañar han de hablar de amor y referirse a lo humano, común a todos, anhelado por todos, pensando que a nada se comprometen, y que « una cosa es predicar y otra dar trigo ».

Religiosos y políticos, en general, los vividores de todas las religiones y de todas las políticas, saben que sus doctrinas, que se empeñan en sostener por todos los medios a su alcance — negando así que sean progresistas — son perjudiciales a la vida de las sociedades humanas como lo prueban, rotundamente, sus esfuerzos permanentes, dignos de mejor causa, por hacer de los hombres siervos de Dios, del Estado o de cualquier dictador, en

vez de ayudar a que se formen individualidades con personalidad propia que se concierten para practicar la cooperación, el altruismo, la solidaridad y la equidad en la vida social como hermanos de especie.

El progreso moral, del que tan necesitada está la humanidad, no se favorece exigiendo la uniformidad — que significa estancamiento y muerte — en el pensar y sentir de todos los hombres de acuerdo con las consignas de Kruschev o del Papa, por ejemplo — por no citar a otros Estados y a cientos de religiones que todavía existen en el presente — y formando simples rebaños de humanos que sigan, dócilmente con espíritu gregario el camino que les señale cualquier pastor político o religioso con o sin sotana que es lo mismo.

Penosísimo es para el hombre de pensamiento verdaderamente libre de trabas extrañas, de tradiciones trasnochadas y de prejuicios, contemplar cómo muchos de sus semejantes abdican, se humillan, a las buenas o a las malas, o por calculadas conveniencias vegetativas, materialistas, ante santos laicos llamados Marx, Lenin, etc., obedeciendo los dictados de « El Capital » — biblia marxista — leídos e impuestos por Kruschev u otro dictador de la hora que obra como Papa en nombre del nuevo Dios moderno : el Estado.

La conclusión es obvia : ni por la biblia laica de cualquier Estado ni por la biblia religiosa que coinciden en no admitir cambios — sólo los hacen bajo presiones revolucionarias — en sus respectivos textos, por considerarlos sagrados e infalibles y, por otra parte, exigen la supeditación de los hombres a sus símbolos : a la cruz o a la bandera, dispuestos a sacrificarse por la una o por la otra, o por ambas al mismo tiempo. La historia está llena de páginas que nos hablan de guerras continuas, sangrientas, religiosas y políticas, sucediéndose las unas a las otras, usando, unos y otros, religiosos y políticos las armas más terribles inventadas en cada época, haciendo víctimas a los pueblos de sus innobles ambiciones de poder y de dinero.

Razonen por sí mismos nuestros semejantes y digan si es moral, por ejemplo, ser tratados como ovejas, acudiendo al redil — Iglesia — mansamente, donde, a viva voz, para cultivar su mansedumbre su servilismo, los califican como tales el pastor. Aunque no lo parezca son tratados, realmente, como tratan a los presos y a los soldados : como números o cosas, pero con libertad o no de penetrar en el aprisco eclesiástico. Así ponen a prueba su grado de automatización llamándolos ovejas. Resistiendo y admitiendo el calificativo la abdicación de la persona humana es mucho mayor, más humillante, que la que hacen, voluntariamente o no los soldados que van al cuartel. Y éstos, en pie, alta la cabeza y mirando de frente,

a veces, pidiendo permiso, pueden replicar a un oficial, al duro pastor militar encargado de mayor o menor rebaño de humanos; pero el aparente blando pastor religioso que ocupa el púlpito no admite la más mínima réplica, y menos la impugnación, por comedida y sensata que pretenda hacerle una persona. Aun de rodillas y doblada la cerviz sería tratada de sacrílega y expulsada del templo. Y si pidiera perdón por el atrevimiento, muy humano, de exponer alguna duda donde no admiten dudas, sólo después de severas, de largas y mortificantes penitencias, volvería a ser admitida la oveja que se descarrió. A las ovejas, con figura humana, no las reconocen personalidad alguna, y las imponen el deber de obedecer, sin rechistar, sumisamente, al pastor político, religioso o militar que las hablan en nombre del Estado o de Dios.

Razonar el hombre por sí mismo, y defender lo que piensa es más razonable y justo para la mayoría de sus semejantes, aunque choque contra todo lo estatuido, es el gran pecado que condenan, con terrible severidad, desde Kruschew al Papa pasando por el Tío Sam, Franco y demás compañía política y religiosa mundial. Todo ser humano inteligente y sensible ha de negarse a perder atributos humanos superiores y por el respeto que le merecen todas las psicologías humanas ha de rebelarse contra todos los domesticadores de hombres. Y el Hombre — con hache mayúscula — que se respeta y como tal ha de ser siempre él mismo : jamás ha de abdicar su personalidad y su voluntad consciente en favor de nadie, y menos de mitos de historial guerrero, cruel y sangriento.

Concretamente : todas las religiones y todas las políticas — para nosotros sólo tiene valor lo social

que deriva de sociable bien entendido y aplicado — son, esencialmente absurdas y malas para el individuo y la sociedad, porque son anquilosadoras y retrógradas. Y aunque Biblias y Constituciones hablen de derechos humanos éstos han sido escritos con la sangre de los Pueblos oprimidos y explotados que no cesan de sufrir y de luchar para gozarlos realmente. Si de algunas precarias libertades disfrutaran no es por concesión graciosa de religiosos y de políticos, logreros y frenadores de todas las revoluciones populares, sino porque los esclavos — hoy los trabajadores lo son del salario — las han conquistado sacrificando millones de vidas generosas en todos los pueblos del mundo.

A algunas personas que nos leen les parecerá que nos hemos desviado del tema, pero no es así, a nuestro entender, porque teníamos que exponer y probar que todos los sistemas de vida social autoritaria defendidos hasta el presente enferman, desequilibran y matan, prematura y permanentemente, cada día a personas como Marilyn Monroe y a incontables trabajadores de todas las clases. Convenía hacer constar que tanto el Estado político, civil o militar, como el Estado religioso — el Vaticano — todos los Estados de no importa qué color, con las religiones admitidas en el seno de los mismos, son partes del mundo autoritario, en el que compiten por la hegemonía económica, política o religiosa, y quedan incluidos en la autopsia psiquiátrica que de éste hacemos al tratar el « caso Marilyn Monroe », que murió ignorando la conmoción que iba a producir, y los alcances de su actitud profundamente humana en el universo social.

FLOREAL OCANA

Jules Romains :

Los hombres no deben olvidar los detalles : a veces una sopa es incomible por un pelo.

★

BENJAMIN FRANKLIN :

La experiencia sigue siendo una escuela muy querida : los tontos no aprenderán en ninguna otra.

Thoreau y las flores del campo

ESA HADA DELICADA de los prados de mayo, la poligala orlada de color magenta, ocasionalmente, pero no a menudo, florece en forma blanca. El 23 de mayo de 1853, Thoreau descubrió dicha rareza en los bosques de Harrington e hizo en sus **Diarios** el comentario siguiente: «Gran abundancia de polígalas orladas de un blanco purísimo, muy delicado, en el fangoso sendero que existe en la hon-danada de Harrington. Es así cómo muchas flores, cual hermanas religiosas, vense vestidas de blan-co.»

En Concord, Massachusetts, reside la señora Leslie Anderson, cuyos antepasados han vivido allí durante varias generaciones. Pues bien, mucho tiempo ha sido dedicado por ella al estudio de las flores silvestres que crecen en los lugares mencionados por Thoreau, habiendo encontrado todavía a las polígalas orladas blancas, floreciendo un siglo después en el mismo lugar. Hace unos pocos años tuvo la gentileza de enseñármelo, siendo un privilegiado al ver y fotografiar dichas flores, la generación centenaria de las plantas que Thoreau había observado. Existía allí aún el mismo seto, entre cuyas hojas caídas vi aquellas bellas y poco comunes flores del campo. De modo que si sus condiciones de crecimiento no se ven perturbadas, una especie de plantas puede casi alcanzar la inmortalidad. Un siglo había pasado y aquellas hermosas flores seguían aún viviendo.

Mucho fue el interés que tuve en mi juventud por Henry David Thoreau, habiendo leído **Walden** y sus otros libros. Hice un peregrinaje a Concord en el año 1908 y tomé fotografías del lago Walden. Negativos que hoy representan una valiosa posesión. Cuando me casé, mi interés principal fue la fotografía, que más tarde se volvió mi profesión. Tarea que si disminuyó mi interés por el filósofo, no por eso dejó mi afición por sus libros siempre al alcance de la mano, los que a menudo leía para encontrar, como siempre, estímulo y placer.

En 1943, me volví profundamente interesado por nuestras nativas flores del campo, sobre las que consulté numerosos libros. Por lo tanto, constantemente los comparaba a los extractos que al efecto existen en los **Diarios** de Thoreau. Esto renovó mi interés por el hombre y por sus escritos, pero ahora desde el punto de vista de la historia natural y especialmente de la botánica, lo que a la vez me hizo apreciar mejor su filosofía. Leí varias de las más importantes biografías que sobre él se escribieron, los catorce volúmenes completos de sus **Diarios**, como también mucho material descriptivo y crítico sobre su vida y sus obras.

La lectura de los **Diarios** me hizo ver con claridad la amplitud de sus intereses botánicos. Intentaré aquí mencionar a Thoreau como a un aficio-

nado botánico de cierto prestigio y con un particular cariño por las flores silvestres, que trasciende el mero conocimiento de los detalles botánicos y de su identificación. Intentaré, mediante los escritos de sus **Diarios** sobre las flores, probar su contribución a la literatura de las flores del campo. Pero para una comprensión cabal, la historia de la publicación de esos catorce volúmenes deber ser conocida.

Durante numerosos años Thoreau había observado el progreso de las estaciones. Campo afuera todos los días no importa el tiempo que hiciere, invierno o verano y a menudo de noche, meticulosamente anotaba, día a día, cuanto había visto y lo que filosóficamente le sugería.

Los escritos de Thoreau están contenidos en treinta y nueve grandes libros de oficio que, después de su muerte en 1892, pasaron a ser propiedad de su hermana Sophia. En 1876, los legó al que fuera amigo íntimo de Thoreau, Harrison G. O. Blake. El público lector corriente no tuvo acceso a dichos escritos hasta 1881. El señor Blake seleccionó extractos que especialmente trataban sobre la naturaleza y su primer volumen apareció dicho año con el título de **Primavera temprana en Massachusetts**, siendo seguido en 1884 por **Verano**, en 1887 por **Invierno** y en 1892 por **Otoño**. Predomina en estos libros el interés por la historia natural, sobre el aspecto filosófico y moral de su pensamiento. Mientras que **Una semana en los ríos Concord y Merrimack** y más tarde **Walden** habían llamado la atención, haciendo conocer a Thoreau como filósofo, y en cierto grado como naturalista, la reputación de Thoreau empezó a crecer debido a los citados libros extractados de los **Diarios**. Luego de la muerte del señor Blake, los treinta y nueve libros manuscritos fueron legados a su amigo E. Harlov Russell. Fue en 1906 cuando los **Diarios** completos fueron publicados en catorce volúmenes, conteniendo cada uno unas quinientas páginas. Por lo tanto, lo que había sido publicado previo a los manuscritos sólo fue una pequeña parte de lo que en consecuencia reveló la publicación del material completo.

Las páginas de los **Diarios** nos lo presentan como filósofo, moralista, humanitarista, economista y, por último, en no menor escala, como narrador de todos los aspectos de la naturaleza vista en Concord y en sus alrededores o en otras partes. Sobre esta última categoría atrae a todos los interesados en general por la historia natural, como así a los que se confinan en ramas especiales de dicha ciencia, cual es el estudio de los pájaros o de las flores del campo.

En sus observaciones naturales estaba dotado por la naturaleza con una percepción sensorial aguda y, en las entradas que hace en sus **Diarios**

aprende uno mucho sobre sus reacciones personales sobre los paisajes, los sonidos y los perfumes que cada día encontraba.

Extraordinariamente buena era su vista a grandes distancias. Afirmaba que podía distinguir un olmo a varias millas de distancia sin necesidad del anteojito. Era sensible a los más delicados matices de los colores — don excepcional que uno se da cuenta al leer su ensayo *Tintes de otoño*, basado en muchas páginas de notas que aparecen en el volumen noveno de sus *Diarios* —. Versa este ensayo sobre el color y la belleza del follaje otoñal, sobre las hojas de los olmos, arces, robles, álamos, sauces, etc. En realidad, sobre todas las hojas de los arbustos y árboles de la comarca de Concord. Ningún escritor naturalista de su tiempo y posterior a él, háse aproximado con semejante amplitud y detalle, describiendo a las hojas otoñales como él lo hizo.

Su oído era también muy fino. Thoreau podía rápidamente distinguir sonidos que eran inaudibles para las orejas ordinarias. Lo mismo se maravillaba ante el suave murmullo de una brisa a través de los árboles, como percibiendo el vibrante zumbido de los hilos telegráficos. Su música era ésta última, aunque a menudo se extasiaba oyendo el tañido de un cencerro o la zanfonia de un organillo, sobre los que luego compondría una prosa pagana ante tan deleitables sonidos.

El sentido del olfato que poseía puede decirse que más bien era el de un sabueso que el de un ser humano. Las fragancias de la estación primaverales lo cultivaban en extremo, pudiendo percibir el perfume fugitivo de flores ligeramente perfumadas, que escapaban a la más rústica sensibilidad de las personas corrientes. Cuando los racimos de uvas silvestres estaban maduros, podía fácilmente encontrarlos siguiendo el perfume que venía desde las orillas, mientras remaba en medio del río.

Centenares de páginas representan las observaciones de Thoreau sobre botánica en general y en especial sobre las flores del campo de la comarca de Concord por él visitada. Observaciones que son su trabajo campestre y cuyas experiencias tienen su paralelo con las nuestras de hoy. Aunque son solamente pensamientos sin pulir y momentáneos, escritos en notas, son retratos de flores silvestres de un gran encanto, gemas de la escritura naturalista, esparcidas a través de dichas páginas. Fragmentos sobre especies y familias botánicas que han sido luego transcritos por numerosos escritores.

¿Cuál era el encanto y el secreto de Thoreau cuando escribía sobre las flores del campo? Ante todo, cabe confesar que era muy buen escritor, con poderes de observación agudos y excepcionales, amén de que su interés sobre la botánica era absorbente. Se sentía muy atraído ante la belleza de una flor silvestre, produciendo en él un sentimiento poético, que luego se reflejaba en su prosa.

Pero, ¿se trataba acaso de un botánico? En el volumen noveno, página 157, informa que nunca estudió botánica. Por lo tanto, podemos darnos cuenta de que nunca asistió a los cursos que de

botánica se enseñaban en la universidad de Harvard, durante los cuatro años que permaneció allí. En sus años mozos, puede decirse que la botánica no le interesó grandemente. No fue hasta 1850, cuando tenía treinta y tres años, que encontramos en sus escritos referencias sobre las flores del campo y sobre la botánica. Vuélvese reminisciente cuando en el volumen noveno, página 156, (4-II-56), narra que empezó a usar el libro *Plantas de Boston y de sus alrededores*, de Jacob Bigelow, allá por 1837, como su primer libro de referencias. Muy útil para él con el objeto de identificar solamente las plantas y flores de la comarca de Concord, aprender sus nombres, como así los lugares familiares en que crecían. Podemos deducir que estudió el libro sin sistema y que pronto lo olvidó. Por lo visto, no se sentía inclinado a cortar las flores o a cultivarlas en el patio de su casa. Podía también haber usado el libro de la señora Almira H. Lincoln titulado *Lecturas familiares sobre botánica*, entonces obra de texto en las academias y en los seminarios femeninos; mas si lo hizo, nunca lo menciona en sus *Diarios*, tal vez por no tenerlo en gran estima o porque no se dio cuenta de su existencia.

No fue hasta 1850 cuando su interés al efecto fue más serio y que bien pudiera haberse desarrollado luego de la primera edición de la *Botánica* de Gray, aparecida en 1848. Cabe deducir que entonces estudió seriamente. Poseo ejemplares de los dos tomos que consta la obra y puedo asegurar que en contraste con nuestras populares botánicas de hoy, con sus excelentes ilustraciones en color, Thoreau debía limitarse a un estudio cuidadoso de las descripciones que venían asentadas en un lenguaje botánico.

Comenzó por traer flores a casa para prensarlas y estudiarlas, empleando la cavidad de su sombrero de paja para traerlas, cual informa en el volumen cuarto, página 133, (23-VI-1852): « Creo que mi sombrero, hundido por la mitad al formar una especie de compartimento, es tan bueno como cualquier caja de botánico y tal vez más conveniente, pues algo hay en su oscuridad que preservaba a las flores durante mis largas caminatas ».

En 1850 empezó su anotación de las floraciones y de los nombres de las plantas que veía durante sus cotidianas idas al campo, mencionando particularmente aquéllas que florecían pronto. Ocurría que visitaba cierta planta cuatro o cinco veces durante unas semanas, a menudo caminando veinticinco o treinta millas para encontrarse con aquellas amigas de los bosques y de los prados.

Más tarde Thoreau leyó muchos tratados sobre historia natural y sobre botánica. Su conocimiento del latín le facilitó la lectura de Linneo en el original, concluyendo que dicha obra le había enseñado más sobre botánica que todas las que anteriormente había leído o consultado. Con su aproximación científica, su aguda vista para percibir colores, formas y otros conspicuos detalles, podía darse cuenta de las diferencias en las estructuras de plantas y flores, detalles que escapaban a los observadores corrientes.

Para que el lector tenga una idea del tipo de laboratorio natural en que trabajaba Thoreau, séame permitido transcribir del volumen segundo, página 38 (20-VI-1850), lo siguiente : « Y para mis paseos vespertinos tengo un jardín mucho mayor que cualquier jardín artificial de que yo tenga noticias y por cierto mucho más atractivo para mí — millas y millas de paseos umbríos, de los cuales ningún noble podría alabarse, por donde corren libres los animales en su medio, desde el primer día de la creación — que comienzo en el umbral de mi puerta, sin que luego encuentre alguna, ni sea cruzado por algún camino, excepto las sendas de los zorros y de los visones. Sus paisajes terrestres o acuáticos son de una notable variedad y, lo que es por cierto más interesante, tan apartado que es en extremo raro por allí puede encontrarse a algún caminante solitario ».

Lo que acaba de leerse y el siguiente extracto de la página 52 del mismo volumen, ofrecen una imagen de los campos vírgines por los que transitaba Thoreau, cual observador de aquellas soledades : « Puedo con facilidad caminar diez, quince, veinte, cualquier cantidad de millas que hay en mi vecindad sin que a mi paso encuentre un solo caminante, a lo largo de los ríos o arroyos, por prados y florestas. ¡Qué hermosa soledad! »

El amante de la naturaleza de hoy, limitado por el « Prohibido el paso » de los letreros, las cercas y toda clase de impedimentos para el libre deambular por el campo, tal vez mire con nostalgia la ilimitada libertad de movimientos que tenía Thoreau.

A medida que el tiempo avanzaba, continuaba en cada estación anotando la floración de las plantas, visitándolas y observando su desarrollo. A menudo se encontraba circunscrito por la incertidumbre de la identificación, particularmente la de los juncos y enneas, como así de las hierbas que aún hoy yéñse con dificultad los botánicos para detallar. Empezó estudiando a las plantas y a las flores del campo en relación a su habitat, tratando de averiguar el porqué algunas de ellas se encuentran en ciertos lugares, anticipando así nuestro presente interés por los temas ecológicos.

No se vaya a creer que sus intereses eran en aquellos años puramente académicos. Lejos de tal cosa, pues sus sentimientos hacia las flores eran semejantes a los que los niños sienten por ellas, con su instintiva apreciación, mucho más completa que la demostrada por meros botánicos. Es en un aspecto similar cuando escribe sobre los libros de botánica de aquel entonces, en el volumen tercero, página 252 (30-I-1852), expresándose así : El sistema natural posiblemente nos haga saber el valor de una planta medicinal, alimenticia o artística; pero por cierto nada nos dice como hacía Linneo, que con mayor amplitud la relaciona con el hombre, para poder así calibrar la belleza en las propiedades de las flores. Muchas son las páginas que existen sobre las propiedades medicinales de las flores, pero ni un solo párrafo hemos visto sobre su significado para la vista, como si las primulas fueran mejor verdes que amarillas».

Las primulas, que algunos llamaban centella, eran empleadas a la sazón, como lo son también ahora por algunos campesinos, cual remedio medicinal. Por eso podemos pasar por alto este humorístico juego de vocablos.

Más adelante en el mismo volumen, páginas 480 (29-IV-1852), anota algo más sobre las primulas : « Soles de los prados, con su brillante amarillo, en ricos ramilletes, contrastando con el verde vívaz de las hojas en medio de opacos y profundos charcos de agua. Son algo así cual flores igneas que brotaran en las grietas de los campos ».

La floración de los lúpulos ocurre un poco más tarde y en la página 56 del mismo cuarto volumen, (4-V-1852), se encuentra esta descripción encantadora : « Los nivelados y asentados lúpulos, con tres o cuatro deliciosas hojas de un verde pálido, de contornos transparentes; con su tallo tan hermoso a la vista; con su única flor, cayendo modesta y graciosa, limpida, de perfume fugaz y ricamente variado; enfrenta al suelo donde yace la hojarasca seca, queriendo tal vez demostrar que no vale la pena enfrentarse a los cielos. Trátase de una visión muy hermosa, de un descubrimiento muy agradable, el primero de la estación; flores hermosas que crecen desparramadas en la humedad de los bosques y de los pantanos ».

Allí cerca también crece la *Aquilegia canadensis*, la aguileña, que le inspiró el siguiente comentario del volumen cuarto, página 57, (16-V-1852) : « Por crecer entre las grietas de las rocas me parece que aquí es la aguileña más notable que la saxígrafa, y tal vez mejor sería nombrarla con este último nombre. Cual verdadero ornamento de las rocas, se encuentra ahora en su lozanía. Algo hermoso es ver sus grandes ramilletes de flores espléndidas, rojas y amarillas, creciendo entre las hendeduras de este acantilado grisáceo ».

Más lejos, en la página 99 del volumen cuarto, (14-VI-1852), encuentra que la estación se desarrolla tan rápidamente que no puede marchar al unísono de las floraciones observadas cada día, al escribir : « ¡Cuán rápidamente se abren las nuevas flores! Se diría que la naturaleza dáse prisa por terminar su trabajo en seguida. Mucho tiene uno que trabajar para observar a las flores que sucesivamente abren sus corolas. Se trata de una revolución floral, a la cual muy pocos son los que asisten. Sábese cuán poca atención prestan los humanos a las flores... que fueron hechas para ser vistas y no meramente ojeadas ».

Flor favorita de Thoreau en junio y julio era la orquídea orlada y purpúrea. A menudo dedica algún párrafo a esta bella flor fragante y, al igual que muchos de nuestros presentes observadores, cae en la duda de si se encuentra ante la pequeña especie *Habenaria pycnodes* o la gigante conocida como *H. Fiabrata* o *H. Hrandiflora*. Informa en el volumen cuarto, página 103, (15-VI-1852) : « También aquí, en el prado existente en la hondonada Head, que se denomina Well, observé una orquídea orlada y purpúrea, inesperadamente hermosa, aunque de un bermejo algo pálido y liláceo, asemejándose a una espiga floral y purpúrea. ¿Por

qué ha de crecer aquí solamente, en tan remoto pantano y tan alejada de la vista del público? ¿No es acaso significativo que algunas raras y delicadas flores sólo puedan hallarse en pantanos silvestres e intransitados? Allí donde las más hermosas flores crecen, tiene su alimento el espíritu de los hombres y los poetas encuentran su inspiración ».

Dos años más tarde, en el volumen sexto, página 337, (9-VI-1854), añade : « Encontré las grandes orquídeas orladas aparentemente unos dos días o tres..., creciendo en un pantano frondoso y sombreado, entre eléboros, helechos, selicios áureos, etc. Me parece que nadie más anualmente encuentra en Concord. ¡Que esa bella reina de las flores deba anualmente florecer tan raramente, en lugares tan intransitados, alejados y discretos, al punto de que pocos son los ojos que la ven!

Algunos de mis más tempranos recuerdos de la infancia sobre las flores del campo son acerca de las rosas silvestres, que recuerdo crecían en unos pastizales de las tierras altas y que en mi memoria aparecen asociadas con los tañidos de los cerros. Dichas rosas se encuentran frecuentemente mencionadas en los *Diarios* y con particular interés en su entrada del volumen quinto, página 256, (15-VI-1853), cuando anota : « Muchas rosas silvestres se encuentran aquí, al noroeste de los bosques Trilium. Como es tan común, con frecuencia no valoramos suficientemente a esta flor. Pero es que acaso, ¿no es también otra reina de nuestras flores? ¡Cuán amplios son sus pétalos y de qué colores tan brillantes, medio escondidos en el verdor de sus cálices! Tienen estas flores cierta noble y delicada civilidad — nunca rusticidad —. Hacia casa me llevo ahora tiernos capullos, que pondré en un jarrón con agua, para que a la mañana siguiente se abran y con su fragancia perfumen toda mi habitación ».

Por el tiempo en que Thoreau empezó a estudiar las flores del campo, nuestra negruzca Susana, *Rubdeckia hirta*, había tomado carta de ciudadanía en Nueva Inglaterra. Nativa de las praderas, hacia el este vino en los fardos de heno seco y era muy raro encontrarla en los primeros tiempos. Léase lo que Thoreau dice de ella en el volumen

sexto, página 383, (2-VII-1854) : « Una nueva flor cónica, que es planta paciente aquí, la *Rubdeckia hirta* (sobre la cual estoy en desacuerdo con Woods, pues éste califica a su disco de un marrón suave y yo de un purpúreo oscuro), acabo de observar en los prados de Arethusa. Vi una que habían cortado el 25 de junio y que probablemente floreció ese día. Ayer pude contemplar muchas en los prados que hay más allá del hospicio, arrivadas a tal lugar probablemente desde el oeste y no hace mucho tiempo ». Buenas condiciones de crecimiento encontró en todos los Estados del este, siendo hoy una de las más conocidas y queridas entre las flores silvestres.

Durante sus frecuentes viajes en bote por el río, Thoreau se volvió muy experto con las plantas acuáticas, como así con los sauces y sicomoros que marginan las orillas. Entre las numerosas páginas dedicadas a esas « excursiones fluviales », menciona a menudo a las pondeterias (hierbas de sollos), los nenúfares amarillos y las saetillas (cabezas de flecha); pero su atención principal la merecen las lilas de agua. Observa cómo abren sus corolas al amanecer y cómo las cierran al mediodía. Las trae a casa para gozar con la belleza de su forma y el perfume de su fragancia. Narra la costumbre que tenían unos jóvenes, recogiendo lilas mientras se bañaban los domingos en el río, para luego llevarlas a la iglesia. En el volumen quinto, página 238, rapsodia sobre la primera lila acuática de la estación : « Exquisitamente hermosa, no parecida a nada semejante de lo que tenemos, es la primera lila de agua que acaba de florecer en una laguna poco profunda en donde el agua parece lavarla, perfectamente pura y fresca, antes de que los insectos la descubran. ¡Cuán admirable es su pureza! ¡Cuán significativo es que el rico y negro lodo de nuestra quieta y mansa corriente produzca la lila de agua, puesto que de tan fértil fango surge esta flor de sin par pureza! Notable es que estas flores de la más emblemática pureza deban crecer en el barro ».

SAMUEL GOTTECHO

(Traducción de W. Muñoz).

Líneas de humor

En la cárcel :

Llegada de un prisionero.

El director de la cárcel le llama y le dice :

— Aquí todo el mundo trabaja ¿qué oficio prefieres?

El prisionero, un obrero del Alto Aragón, reflexiona un poco y responde :

— Viajante.

* LAS PASIONES *

NO creo que sea necesario ningún esfuerzo... para admitir que el hombre no es ni bueno ni malo. La Naturaleza es indiferente al bien y al mal, y en la Naturaleza está el hombre. Mecanismo sometido a leyes, conjunto de energías combinadas, fuerza viva capaz de actuar en todos los sentidos, reúne el hombre las condiciones necesarias para producir el bien o el mal, según la dirección que al mecanismo se le imprima.

No me importa averiguar si el ser humano obedece al determinismo de la materia o es soberano de sí mismo por el libre albedrío. No ventilamos ahora problemas de psicología fisiológica. Y basta, por tanto, observar que el hombre, socialmente considerado, se manifiesta bueno o malo, con arreglo a su temperamento, su educación, su cultura, etc., etc., y sobre todo, conforme a las diversas condiciones del medio en que se desenvuelve. En este supuesto puede afirmarse que las pasiones humanas son los movimientos más o menos acentuados que el hombre ejecuta en virtud de la atracción o repulsión de las cosas que pueden causarle placer y dolor.

Y claro está que si el hombre no es bueno ni malo por sí mismo otro tanto ocurre con sus pasiones. Digan de ellas lo que quieran las preocupaciones religiosas o filosóficas, son simplemente buenas o malas las pasiones según la dirección en que se las impulsa, y así llevan a las grandes virtudes como a los grandes vicios, así conducen a los más nobles heroísmos como a los más repugnantes crímenes. Una buena educación unida a un organismo bien equilibrado, excluyen toda contingencia pasional extraviada. Las pasiones extraordinarias se dan en los hombres extraordinarios. Son la excepción, no la regla.

Exteriorización de la propia naturaleza del hombre, son las pasiones como la relación necesaria entre sus órganos y las cosas que se estiman o se odian, que se desean o se repugnan...

Considerar las pasiones, según las ideas de los estoicos, como enfermedades del alma; rechazarlas y pretender destruirlas como un gran mal de la vida, según hacen los creyentes de todas las religiones, vale tanto como proclamar el aniquilamiento del hombre mismo. En el fondo, no otra cosa suponen las téticas teologías y las filosofías místicas que niegan la vida en aras del más allá ignoto.

¿Qué sería del hombre sin esos movimientos de atracción o de repulsión por los objetos queridos o aborrecidos? ¿Qué sería del hombre sin el amor, sin el deseo de bienestar, sin el anhelo del placer?

El odio mismo, pasión implacable, es altamente beneficioso cuando mueve al hombre contra la tiranía, contra la inmoralidad, contra todo atropello

llo a la dignidad humana, contra la injusticia y la iniquidad.

La cólera, terrible sentimiento capaz de los mayores daños, es natural y necesaria en ciertos límites, plausible cuando nos arroja a las tragedias en que las vilezas sociales, las infamias humanas quedan sojuzgadas.

El amor propio, con frecuencia molesto, es, no obstante, acicate de dignidad que nos impide degradarnos.

Todas las pasiones, aún las peor reputadas, dentro de su medio natural de expresión, constituyen el fondo real de la vida, y ellas hacen que el progreso humano no sea una simple palabra, que el trabajo, el arte, la ciencia, no sean conceptos vacíos de sentido. Sin la temeridad, no habría héroes. Sin el amor, no habría artistas. Sin la curiosidad, no habría ciencia. Sin las necesidades de la vida, no habría trabajo, no habría sociedad, no habría hombre. Sin el deseo de placer, el mundo se convertiría en un inmenso cementerio. Sin el amor de la gloria, sin ambición de la gloria, si se quiere, todos seríamos unos pobres diablos.

Inútil declamar contra las pasiones; más inútil pretender aniquilarlas. Así como se dice del escritor « el estilo es el hombre », así se puede decir del ser humano que « las pasiones son el hombre ». Sin ellas sería un leño o una estatua, según la expresión del filósofo. Y como el hombre no es por naturaleza ni lo uno ni lo otro, se deduce en buena lógica que sus pasiones son necesarias y útiles a su propio desenvolvimiento y al desenvolvimiento social.

RICARDO MELLA



CARTELES

DEL PESIMISMO

EN qué feliz experiencia reposará el pesimista su criterio negativo de todo valor humano? ¿Y en qué examen de conciencia se graduó de profesor de esa materia infeliz? ¡Vaya a saber! Lo evidente es que ambas posturas son como la boca y la cola de un mismo perro: tanto como aquella ladra, ésta se encrespa. Y entre las dos corroboran lo que él cree de sí y los otros: que en este mundillo, lleno, hasta estallar, de incapaces, el solo capaz es él. ¿Capaz? Capataz, también. De capataz es su entraña.

Sí, señor. El pesimismo ha nacido con el primero que tuvo el empujado interés de capatacear al hombre. Y se propagó en aquel que no podía soportarle su alegre espontaneidad ni su florecer confiado. Y reventó en todos esos que niegan que cualquier vida, aun la más ruda o humilde, puede hacerse por sí sola, y crecer y mejorarse, hasta ser alta y ser bella.

Porque « hay tiempos de lechuza y hay tiempos de halcón » — ponía sobre sus libros Gonzalo de Reparaz —. Mas, para los pesimistas sólo hay un tiempo, y él no es ni el de pelear ni aprender, sino el de sembrar la duda en el corazón del pueblo: para que nunca sea el tiempo de aplastar a los tiranos. Pues, al fin, de éstos son perros, contra la libertad, que es a la que ellos le temen siempre, y más que a un terremoto.

Nadie marcha por su gusto a tirarse a un precipicio. (No hablo de locos ni estúpidos) Ni al caos social ni a la guerra tampoco, hasta hoy, marchó nadie porque fuera su real gana. Nada quiere... Pero, ladra el pesimismo, y es el marchar y el tirarnos. Campo atrás, y alrededor, ésta es la absurda verdad que señorea y nos hocica. Y de esto es de lo que hay que erguirse y saltar a lo que venga. ¿Qué más malo puede ser?... ¿A quién le asusta el futuro, cuando el ideal anarquista ya fue expresado y echado campo adelante?

¡Adelante! Una libre humanidad sólo puede reposar sobre un criterio optimista. Lo primero para el hombre es tener confianza plena en su vida libertada. Y lo segundo y siguiente, mandar al coño, o más lejos, a todos los capataces.

RODOLFO GONZALEZ PACHECO



VERSIONES

EL

por DENIS

A PUYOL, homenaje tardío a sus páginas, tan finas, sobre el Quijote de Alcalá, nuestro Cervantes.

ERASE un rey absoluto, dueño de vidas y haciendas.

No tan dueño de vidas y haciendas, si se ha de decir la verdad, como un dictador moderno. Comparado con cualquiera de éstos, el rey de mi historia, como todos los reyes absolutos, apenas era un aprendiz de tirano. Temblaban ante él cuantos le rodeaban, pero luego cada cual hacía lo que quería, o poco menos. Y los que no le rodeaban, casi ignoraban su existencia. Hoy, pocos tiemblan ante el dictador, pero todos le obedecen, todos hacen lo que él quiere y sólo lo que él quiere. Y hasta en el último rincón del país está presente, imponiendo su voluntad. Cuando os asalten dudas sobre la realidad del progreso, pensad en este ejemplo. Desaparecerán en seguida.

De súbito, el rey adquirió unas costumbres que desolaban a las gentes de la Corte. Se le veía, vestido como todo el mundo, y con vestidos ya no muy nuevos, en teatrillos y tabernas, hablando con el vulgo, discutiendo a veces con hombres groseros, siguiendo a muchachas del pueblo. Era un horror.

Cuando alguno, encontrándole, le saludaba, le miraba con asombro, como si fuera un desconocido. Era evidente que no quería se le reconociera. Pero, ¿cómo no reconocerle? ¿Cómo pasar junto a él y no saludarle? ¡Si al menos, en privado, les hubiera prevenido! Nada les había dicho, nada les decía. Ni al que horas antes le había saludado, al volver una esquina, desde su coche. ¡Desde su coche, al rey que iba a pie, como un transeúnte cualquiera.

Se celebraron reuniones, a escondidas —reuniones clandestinas, como de vulgares conspiradores—, entre los que más confianza gozaban del rey, para ver qué se podía hacer. El pueblo podía enterarse de que el rey se mezclaba a él en los lugares menos convenientes. ¿No le perdería el respeto, si se enteraba?

—Si nos consultara —dijo el que hoy llamaríamos jefe del ministerio—, podríamos aconsejarle. Pero como nada dice, es de temer su cólera si le significamos conocer la vida que hace.

—Sabe que sabemos lo que hace —dijo un embajador, de paso en la capital—. Casi todos le hemos saludado ya en sitios a donde es increíble que vaya. Nos ha mirado con extrañeza, al saludarle, como para decirnos que no se da por enterado de que le hemos visto, pero le hemos visto y él nos ha visto.

—Cierto, cierto, así es —replicó el jefe del ministerio—. Pero eso mismo nos veda hablarle. «¿No

EXTRANJERO

os he dicho ya, con esas miradas de extrañeza —nos diría—, que no teníais por qué inmiscuirnos en lo que hago? Tengo mis razones para hacerlo.» Y aquí se habría terminado nuestra conversación.

—Hay, sin embargo, que hacer algo —insinuó un conde, o tal vez un marqués—. Ayer, por primera vez, lo ha encontrado una dama de la Corte, mezclado en una turbamulta de trabajadores que salían de un taller. La dama ha caído enferma. Tanto la sorpresa la ha emocionado. Hablará, sin duda, de la causa de su enfermedad, con otras damas de la Corte. Alguna de éstas, es posible que hable a la reina. La reina es extranjera. El país de qué es la reina, espera una ocasión para hacernos la guerra. ¿Quién nos dice que no aproveche la conducta del rey para hacérmola?

Las sospechas del conde, o marqués, en lo que se refiere a que la dama hablaría, eran más que fundadas. Todo el mundo femenino de la Corte estaba ya enterado de las andanzas del rey. Y una de las cortesanas había exclamado:

—¿Qué busca el rey fuera de Palacio? ¿No tiene aquí todo lo que pudiera desear?

La reunión de los que más confianza gozaban del rey terminó sin hallar salida para el conflicto en que estaban envueltos.

Una vez terminada, el jefe del ministerio pidió audiencia al soberano para tratar otros asuntos, pero con la secreta esperanza de que algo le permitiera exponerle, discretamente, la conveniencia de que cesara, al menos en la forma que lo había hecho hasta entonces, o sea de modo que todo el mundo podía conocerle, en sus paseos por la capital.

Su esperanza fue vana. El rey no le permitió aludir a lo que tanto le preocupaba.

Salió de la sala de audiencias cabizbajo, pensativo. ¿A dónde nos llevará esta actitud del rey? —pensaba.

Ya en la calle, al ir a subir a su coche, vio al rey, con su vestido habitual de lo que él debía juzgar incógnito, alejarse por la acera.

«¿Cómo! —exclamó—. No ha tenido tiempo de cambiar de traje. Además, ha tenido que salir antes que yo. Y no ha salido. No lo he visto adelantarse a mí. ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?»

Volvió a entrar en Palacio. Pidió nueva audiencia al rey, alegando que había olvidado algo importante que tenía que decirle. El rey no le hizo esperar. Respiró a sus anchas, contento, contento. El hombre que todos habían tomado por el rey no era el rey. Dijo al soberano alguna cosa, no se sabe si importante o no, y salió.

Corrió, corrió realmente hacia la calle. Montó en su coche y dijo al cochero:

—A escape. Hay que alcanzar al hombre que iba hace un instante por la acera.

El coche partió, veloz. El hombre que hacía un momento iba por la acera deambulaba, no lejos, sin prisa, como quien no tiene nada que hacer.

El jefe del ministerio lo reconoció —¿cómo no reconocerle?— mucho antes de que el coche lo alcanzara.

Cuando el coche lo alcanzó y se detuvo, saltó, más que descendido de él, y dirigiéndose al desconocido le preguntó:

—¿Quién es usted?

El desconocido, sorprendido de verse así interrogado, respondió:

—Y usted, ¿quién es?

Dijo el jefe del ministerio quién era, y el desconocido, entonces, contestó:

—Soy un extranjero hace poco llegado a este país.

—Bien, bien. Necesito hablarle, sin falta, mañana, en Palacio.

—No tengo por qué no acudir.

—Perfectamente. Le espero a usted, pues. Vaya por la tarde. Pregunte usted por mí. No le haré hacer antesala.

El jefe del ministerio tuvo, al día siguiente, a primeras horas de la tarde, una larga conversación con el rey. Contó a éste todo lo sucedido. Cómo un extranjero, que era semejante al soberano, había sido tomado por el soberano; cómo, cuantos le encontraban, le habían saludado como si fuera el soberano; cómo había preocupado a la Corte verle por la calle, expuesto a mil peligros; cómo no habían osado inmiscuirse en lo que, al que juzgaban el soberano, hacía.

—¿Un hombre como yo, que vosotros mismos habéis creído que era yo? —exclamó el rey, colérico—. Hay que encerrarle en una prisión, o que matarle. No está permitida semejante osadía.

El extranjero no fue encerrado en una prisión, ni asesinado. El rey absoluto, dueño de vidas y haciendas, no era un dictador moderno.

Apaciguada su cólera, un instante después, dijo:

—Es divertido. Me agradaría ver a ese extranjero.

—Previendo los deseos de Su Majestad —dijo el jefe del ministerio— le he citado aquí, en Palacio, para esta tarde. No tardará en llegar. Me pareció un hombre serio.

El extranjero llegó, en efecto, poco después, y el jefe del ministerio lo recibió en seguida, cambió con él algunas palabras y le acompañó, ya prevenido, a presencia del rey.

Cuando el rey le vio entrar, no supo disimular su asombro. Estaba ante sí mismo. El extranjero era otro él mismo.

Sonriente, luego de haber respondido, cortés, al saludo cortés del extranjero dijo:

—Nunca hubiera creído en un parecido igual.

Y añadió:

—Su madre, ¿ha vivido en este país?

El extranjero enrojeció. Había recibido, en pleno rostro, como una bofetada, la ofensa.

La devolvió gentilmente, también como una bofetada:

—Mi madre, no. Mi padre.

El pensamiento anarquista

Proudhon llega con paso seguro a la teoría de la Plus Valía, que tan bien iba a desarrollar Marx. El propio Proudhon no la descubre ya que la expone en 1805 Charles en su libro «The Effects of Civilization», la recoge un poco después Hodgskin y diferentes economistas que discrepan con el ricardismo. La dispersión de Proudhon y su empeño en abarcar mucho no le permiten hacer un monumento de economía como es «El Capital». El «pluralismo» que le adjudica Cole lo desautoriza pero sus esbozos y, más que esbozos, ensayos críticos, ofrecen todo el material necesario para edificar una teoría completa. La Plus Valía no tiene ningún efecto en lo que a la formación de capital respecta hasta que el hombre empieza a explotar la fuerza colectiva que nos describe Proudhon y, más tarde, la presencia de la máquina que inicia la industrialización. «Todo trabajo debe dejar un excedente» señala Proudhon y el excedente se transforma en algo importante ya que, en manos del usurpador, pasa a ser capital y ello porque, como señala Proudhon, al obrero se le continúa pagando para que satisfaga sus necesidades, independientemente de la cantidad de trabajo que rinde gracias a la fuerza colectiva y a la industrialización. El trabajo, que como Walras dice, es una guerra declarada a la parsimonia de la naturaleza, acelera su ritmo debido al progreso, pero no por ello sale mejorada la situación del obrero. La ley de la oferta y la demanda limitan, naturalmente, los lucros del capital cuando la competencia se hace presente pero el primer reajuste, cuando de reducción de beneficios, se trata, pesa siempre sobre el salario. El salario que tiene origen en la máquina precisamente: «Las máquinas nos prometían un aumento de riqueza; han cumplido la palabra, pero dándonos, al mismo tiempo, un aumento de miseria. Nos prometieron la libertad y voy a probar que nos han traído la esclavitud.»

«He dicho que la determinación del valor, y con él las tribulaciones de la sociedad, empezaron con la división de las industrias, sin la cual no podía existir ni el cambio, ni la riqueza ni el progreso. El período que recorremos en este momento, el de las máquinas, se distingue por un carácter particular: es el asalariado» (28).

Sus puntos de vista económicos, en varios aspectos, coinciden con los de Marx, o mejor dicho, para ser felices a la cronología, algunos puntos de vista de Marx coinciden con los de Proudhon. Ya hemos visto que la teoría de la plus valía está im-

plicita en lo que expone Proudhon. El afirma como Say que un producto vale lo que cuesta y para Proudhon —puede haber mucha discrepancia en fijar un costo— el costo lo representa sólo y exclusivamente el trabajo: «Trabajar es producir de la nada» dice en «Solución del problema social» y debe ser así porque las generaciones que nos han precedido no reclaman rentas ni intereses por todas las aportaciones científicas e invenciones que han hecho. Así, aquél que, gracias a los estudios que ha podido realizar, puede aportar mayor esfuerzo para el bienestar de la sociedad, está en el deber ineludible de hacerlo. Este es un tema que, como veremos más tarde, es querido de los anarquistas y Kropotkin, en muy especial modo, lo ha tratado ampliamente. Rafael Barret lo sintetiza en un pensamiento breve: «el sabio que no enseña lo que sabe comete un robo contra la humanidad». Proudhon penetra el tema también y dice: «De la misma manera que la creación de todo instrumento de producción es el resultado de una fuerza colectiva, de igual modo el talento y la ciencia en un hombre son el producto de la inteligencia universal y de una ciencia general lentamente acumulada por una multitud de maestros, y mediante el aporte de una multitud de industrias inferiores. Cuando el médico ha pagado a sus profesores, sus libros, sus diplomas y sus gastos, no ha pagado su talento en modo alguno como tampoco el capitalista ha pagado su dominio y su castillo con el salario dado a los obreros. El hombre de talento ha contribuido en producir en él mismo, un instrumento útil: es coposeedor; no es propietario de este instrumento. Lo tiene todo a la vez, es un trabajador libre y un capital social acumulado; como trabajador debe proceder al uso de un instrumento, a la dirección de una máquina, que es su propia capacidad; como capital, no se pertenece, no se explota él mismo sino para los demás» (29).

Un hombre que a los 31 años llega a revolucionar la intelectualidad y la política de París con su célebre memoria «¿Qué es la propiedad?», en la que discute toda clase de derechos que los proletarios se atribuyen para llegar a la frase lapidaria de «La propiedad es el robo», ha tenido tiempo e inteligencia para profundizar «empezando de nuevo», como él mismo dice, la estructura social y descubrir sus fallas. El comienzo del primer capítulo es lapidario y concluyente: «Si tuviese que responder a la siguiente pregunta: ¿Qué es la esclavitud? y que en una sola palabra yo replicase:

(28) «Contradicciones...». Vol. I, pág. 191.

(29) «Qu'est-ce que la Propriété». Págs. 235-6.

Es el asesinato, mi pensamiento sería comprendido en seguida. No tendría necesidad de un gran discurso para demostrar que el poder de quitarle al hombre el pensamiento, la voluntad, la personalidad, es un poder de vida y muerte y que hacer esclavo a un hombre es asesinarlo. ¿Por qué, pues, a esta otra pregunta : **¿Qué es la propiedad?** no puedo responder en igual modo : **Es el robo**, sin tener la certidumbre de no ser comprendido, bien que esta segunda proposición no sea más que la primera transformada?».

No es que tratemos de atribuir a Proudhon la absoluta paternidad de la idea. Ya hemos visto, a lo largo del primer capítulo, cómo en diferentes ocasiones y en muy particular modo los Padres de la Iglesia, San Basilio, San Ambrosio y San Jerónimo en especial, han llegado a conclusiones parecidas, pero nadie, antes que Proudhon, ha ido tan lejos en el análisis y el proceso de la vivisección de la propiedad. La mayoría se ha limitado a condenarla sin sumergirse en el **por qué**. Proudhon rebate uno a uno los derechos que las leyes han consagrado a través de las edades, el derecho natural, el de ocupación, el del trabajo, el del consentimiento, todo ello mediante sus antinomias que seis años más tarde desarrollaría totalmente en su «Sistemas de las Contradicciones Económicas».

Su exposición es tan revolucionaria y tan opuesta al concepto reinante en todos los medios, incluidos los revolucionarios de la época, que Proudhon vé necesario, al final de su memoria, de hacer su profesión de fe anarquista como aparece en nuestro primer capítulo. También se da cuenta Proudhon, a pesar de que es amante de la ducha de agua helada, de que el impacto producido en el lector es demasiado brusco y tres páginas más adelante resume una teoría evolucionista en aras a minimizar el choque : «A medida que la sociedad adquiere luces, la autoridad real disminuye : es un hecho del cual toda la historia ofrece testimonio. Al nacer las naciones, los hombres tratan de reflexionar y razonar : sin métodos, sin principios, no sabiendo, inclusive, hacer uso de su razón, no saben si están en lo justo o si se equivocan; entonces la autoridad de los reyes es enorme, no habiendo conocimientos adquiridos capaces de contradecirlos. Pero poco a poco la experiencia da los hábitos y éstos las costumbres; más tarde las costumbres se formulan en máximas, se manifiestan los principios, en una palabra, se traducen en leyes a las cuales el rey, la ley viviente, se ve obligado a rendir homenaje. Viene el tiempo donde las costumbres y las leyes se han multiplicado tanto que la voluntad del príncipe está, por decirlo así, encerrada por la voluntad general; que cuando toma la corona está obligado a jurar que gobernará conforme al uso y a la costumbre y que él solo es la potencia ejecutiva de una sociedad en la que las leyes se han hecho sin contar con él».

«De esta manera, en una sociedad determinada, la autoridad del hombre sobre el hombre está en razón inversa del desarrollo intelectual al cual dicha sociedad ha llegado y la duración probable de

esta autoridad puede ser calculada sobre el deseo general de un gobierno verdadero, es decir, de un gobierno según la ciencia. Y de la misma manera que el derecho de la fuerza y el derecho de la astucia se restringen ante la determinación cada vez mayor de la justicia y deben terminar por apagarse en la igualdad; de la misma manera la soberanía de la voluntad cede ante la soberanía de la razón y terminará por desaparecer en el socialismo científico. La propiedad y la realeza se están demoliendo desde el comienzo del mundo, como el hombre busca la justicia en la igualdad, la sociedad busca el orden en la anarquía».

«**Anarquía**, ausencia de amo, de soberano, tal es la forma de gobierno a la cual nos aproximamos todos los días más y que la costumbre inveterada de tomar el hombre por regla y su voluntad por ley hace que la miremos como colmo de desorden y expresión del caos. Se cuenta que un burgués de París del siglo XVII, habiendo oído decir que en Venecia no había rey, no pudo salir de su asombro y pensó morirse de risa ante la primera nueva de una cosa tan ridícula. Tanto es nuestro prejuicio...» (30).

Este prejuicio subsiste siempre. El hombre, cuando, mentalmente, elimina al Estado, se encuentra en razón del hábito, el ambiente y las costumbres que se han ido sucediendo de siglo en siglo, frente a un vacío al que mira con horror. El vértigo que produce este vacío, el temor de lo desconocido, hace que retroceda y se abraza de nuevo a la Autoridad y a su máxima expresión : el Estado, posponiendo para futuras ocasiones la reivindicación de su mayoría de edad política y su deseo de ser determinante en el curso que la sociedad se trace.

Proudhon, pues, ha hecho su profesión de fe : el anarquismo. El anarquismo que es sinónimo de orden, de equidad, de libertad. «Yo no creo ni en las constituciones ni en las leyes — le escribe a Herwegh —. La mejor constitución no podría satisfacerme. Nos hace falta otra cosa, pasiones, vida y un mundo nuevo, sin leyes, y por consiguiente libre...»

Proudhon hace, en sociología, lo que él mismo dice que el **trabajo hace de la nada** : crear. Pero no crea una utopía futurista con las que siempre ha estado en pugna y desea realizaciones inmediatas. Debido a ello no veremos en Proudhon un programa completo ni un deseo de erigirse en futuro profeta del género humano : «Busquemos juntos, si usted quiere, le dice a Marx en carta fechada en Lyon el 17 de mayo de 1846, las leyes de la sociedad, el modo con que estas leyes se realizan, el progreso según el cual llegamos a descubrirlas; pero después de haber demolido todos los dogma-

(30) Págs. 338 y 339. Insiste en «Les Confessions d'un Révolutionnaire»; págs. 180-1: «Los políticos, en fin, sea cual fuere su bandera, repugnan invenciblemente a la *anarquía*, que confunden con el desorden; como si la democracia pudiese realizarse de otra forma que por la destrucción de la autoridad, y que el verdadero significado de la palabra democracia no fuese la destitución del gobierno.»

tismos *a priori*, no pensemos a nuestra vez en endoctrinar al pueblo; no caigamos en la contradicción de vuestro compatriota Martín Lutero, quien, después de haber derribado la teología católica, se pone, acto seguido, con gran refuerzo de excomuniones y anatemas, a fundar una teología protestante... Aplaudido de todo corazón vuestra idea de exponer al día todas las opiniones; hagamos una leal y buena polémica; demos al mundo un ejemplo de una tolerancia sabia y previsora, pero, por el hecho de que estamos a la cabeza de un movimiento, no nos hagamos los jefes de una nueva intolerancia, no nos coloquemos como apóstoles de una nueva religión, fuese ella la religión de la lógica, la religión de la razón».

La visión de Proudhon es más profética que ninguna otra de su tiempo : Marx se convirtió en jefe de una nueva intolerancia y una nueva religión : la del Estado.

Precisamente el Estado contra el que Proudhon ha dirigido sus más enconados ataques. Su posición era la de arrebatarle todas las prerrogativas posibles y minimizarlo hasta llegar a cero. **La fábrica lo hará desaparecer**, llega a decir en un artículo en el que rebate el socialismo místico religioso de Pierre Leroux publicado el 13 de diciembre de 1849 : «En cuanto al Estado, la conclusión definitiva es que el problema de su organización confundiéndose con el de la organización del trabajo, se puede y se debe inducir que un tiempo vendrá, donde, el trabajo estando organizado por el mismo, según la ley que le es propia y no teniendo más necesidad del legislador ni del soberano, la fábrica hará desaparecer al gobierno».

Para minimizar al Estado es para lo que crea su célebre Banco del Pueblo, tendente a posibilitar la circulación de crédito entre los trabajadores. Al respecto dice Proudhon :

«El Banco del Pueblo ha sido fundado para tres finalidades :

1º Aplicar los principios de constitución social expuestos más adelante y servir de prelude a la reforma política por un ejemplo de centralización espontánea, independiente y social;

2º Atacar el gubernamentalismo, que no es otra cosa sino la exageración del comunismo, dando impulso a la iniciativa popular y procurando, de más en más, la libertad individual por la mutualidad;

3º Asegurar el trabajo y el bienestar a todos los productores organizándolos unos con relación a los otros como principio y fin de la producción, en otros términos, como capitalistas y como consumidores».

«El Banco del Pueblo, dando el ejemplo de la iniciativa popular, igual para el gobierno que para la economía pública, desde este momento identificadas en una misma síntesis, volvíase, pues, a la vez, para el proletariado, principio e instrumento de emancipación : él creaba la libertad política e industrial. Y como toda filosofía, toda religión es la expresión metafísica o simbólica de la economía social, el Banco del Pueblo, cambiando la base material de la sociedad, preludiaba la revolu-

ción filosófica y religiosa : es así, al menos, que lo habían concebido los fundadores» (31).

«Cread el crédito gratuito, el crédito que asegure a la vez, a cada productor, sin condición alguna de asociación solidaria, el instrumento de trabajo y la salida de su producto : y la comunidad, el gobierno del hombre por el hombre, bajo todas las formas y todos los grados, será para siempre jamás imposible» (32).

Su Banco lo defiende en la propia Cámara de Diputados, adonde ha ido a parar elegido por el departamento del Sena y como consecuencia de su campaña periodista en «Le Representant du Peuple». Es una concesión que hace creyendo que podrá sustraerse del engranaje paralizador de los intereses creados de la política y que podrá convencer a los diputados de la belleza y la utilidad de sus proyectos, llevándolo, esta desgraciada experiencia a una amargura parecida a la que sufrió Joaquín Costa unos años más tarde. Thiers, el profesional de los escaños de la Cámara lo envolvería en su red demagógica, cuando Proudhon tratara, en las sesiones de los días 15 y 17 de julio de 1848, de convencer a los diputados del alcance inimaginable del crédito : «Si los 35 millones de hombres componiendo la nación francesa se acreditaran recíprocamente la misma suma no habría, en realidad, ninguna pérdida para nadie y habría un movimiento del que se aprovecharían todos».

Devorado por su proyecto no cesa hasta verlo realizado y el 31 de enero de 1849 depositaba los estatutos constitutivos del Banco sobre el despacho del notario para su legalización. Sus ataques a Napoleón III en las columnas de «Le Peuple» motivan que la Asamblea autorice su encarcelamiento. Proudhon logra escapar hasta Bruselas, pero regresa clandestinamente y el 5 de junio es detenido y encarcelado hasta el 4 de junio de 1852 en Santa Pelagia. El Banco del Pueblo tuvo, al faltarle su puntal más firme, una vida efímera y desapareció de la escena económica francesa.

Posiblemente el Banco del Pueblo fuera lo que más polémica suscitara entre sus coetáneos economistas, que se rebelaban frente a la tesis del «crédito gratuito» y a ciertos articulados de sus estatutos que veían exactos a los de Mazel y muy parecidos a la teoría crediticia de Owen. Es indudable, empero, una cosa, el convencimiento y la mística de Proudhon en lo que estaba realizando. Su entusiasmo iba al par con su energía, ambos, creía él, eran capaces de revolucionar al mundo. A Ackermann, el más asiduo de sus confidentes, le decía en carta del 2 de julio de 1846 : «Pero esto es una materia vastísima para darle una idea de la cual apenas si bastarían ocho días enteros de conversación. Bástele saber que de aquí a un año, o habré caído completamente por lo absurdo y ridículo de mis teorías, o habré inaugurado el vasto movimiento revolucionario, el más radical, el más decisivo que se haya visto sobre el globo». Nuestro hombre era jactancioso, no hay duda, pero su va-

(31) «Confessions d'un Révolutionnaire». Pág. 247.

(32) Op. cit. Pág. 265.

ticinio encerraba una verdad, ya que para la Primera Internacional de Trabajadores, y más allá, a través de los movimientos anarquistas que no le discuten a Proudhon un buen grado de paternidad, las ideas de Proudhon implicaban el comienzo de un «vasto movimiento revolucionario» que, por primera vez en la historia social consideraba necesaria la abolición del Estado.

De la novedad de sus ideas nos informa el propio Proudhon en el «Sistema de las Contradicciones Económicas». Considera haber efectuado el descubrimiento más descollante del siglo, de los siglos, mejor dicho: «La definición de la propiedad es mía. Y toda mi ambición es probar que he comprendido el sentido y la extensión. ¡La propiedad es el robo! No se dicen, en mil años, dos frases como ésta. No tengo más bienes en la tierra que esta definición de la propiedad, pero la considero más preciosa que los millones de Rothschild y me atrevo a decir que será el acontecimiento más considerable del reino de Luis Felipe».

Proudhon no se hundió al cabo del año de haberle escrito a Ackermann. Por el contrario, su pensamiento se propagó por toda Europa. En España Francisco Pi y Margall traduce seis de sus más importantes obras y se convierte, siguiendo los pasos de Proudhon, en la figura más destacada del federalismo ibérico. En Bélgica influencia grandemente en las ideas de Emilio Leverdays, el autor de «Les Assemblées Parlantes» (1883) y E. Pottelle, que fue redactor en jefe del diario «Le Proudhon». En Alemania sucede otro tanto, la mayoría de sus sociólogos han bebido en los manantiales proudhonianos, incluyendo a Lasalle y al propio Marx. Se repite el caso con los rusos, Bakunin a la cabeza, siguiendo Scholoff y Alejandro Herzen. Giuseppe Ferrari, Saverio Friscia y Nicolo Lo Savio son los proudhonianos de Italia. Tucker y Beverley Robinson se encargan de propagarlo en los Estados Unidos y Plotino Rhodokanaty lo lleva a cabo en México traduciendo su obra «Idea general de la revolución en el siglo XIX» (Biblioteca Socialista, México, 1877).

El editor del Diccionario «Larousse» le encarga la definición de la palabra Anarquía, como más tarde la «Encyclopedia Britannica» depositará en Pedro Kropotkin esta misión.

Un año antes de su muerte, el 20 de agosto de 1864 exactamente, escribía al respecto, a la dirección del «Dictionnaire Larousse»: «En cuanto a la Anarquía, su redacción me ha parecido más exacta y mejor. He querido, con esta palabra, marcar el término extremo del progreso político. La Anarquía es, si se me permite la expresión, una forma de gobierno, o de constitución en la cual la conciencia pública y privada, formada por el desarrollo de la ciencia y del derecho, es suficiente por sí sola al mantenimiento del orden y la garantía de todas las libertades y en donde, por consiguiente, el principio de autoridad, las instituciones de policía, los medios de prevención o represión, el funcionarismo, el impuesto, etc., se encuentran reducidos a su expresión más simple; con mayor razón también, donde las formas mo-

nárquicas, la alta centralización, reemplazadas por las instituciones federativas y las costumbres comunales, desaparecerán. Cuando la vida política y la existencia doméstica se verán identificadas; cuando, por la solución de los problemas económicos, los intereses sociales e individuales estarán en equilibrio y serán solidarios, será evidente que, habiendo desaparecido toda coacción, estaremos en plena libertad o anarquía».

Su legado a las generaciones futuras, enriquecido posteriormente por todos los teóricos del anarquismo, además del nombre del que se reviste desde entonces la ideología antiestatal, ha sido variado y rico destacando el mutualismo, el federalismo, el contrato por libre acuerdo, la acción directa, la organización de la sociedad por el trabajo de todo lo cual hemos podido esbozar aspectos a lo largo de este capítulo. Podríamos añadir, quizás, lo que escribió en sus confesiones: «Lo que hace la centralización en los Estados, despóticos o representativos, es la autoridad, hereditaria o electiva, que del rey, del presidente o directorio descende sobre el país y absorbe sus facultades. Por el contrario, lo que hace la centralización, en una sociedad de hombres libres, quienes se agrupan de acuerdo con la naturaleza de sus actividades y de sus intereses y entre los cuales la soberanía, colectiva o individual, no se abdica ni se delega jamás, es el contrato. El principio, pues, ha cambiado: desde entonces la economía ya no es la misma; el organismo, procediendo de otra ley, se ha invertido. La unidad social, en lugar de resultar, como antes, del cúmulo y la confiscación de las fuerzas por uno que se llama mandatario del pueblo, es el producto de la libre adhesión de los ciudadanos. De hecho y de derecho, el gobierno, por el sufragio universal, ha cesado de existir» (33).

La visión futurista de Proudhon era, para nuestros años, lo que la de George Orwell para 1894. En su «Du principe fédératif» señala que: «O bien el siglo XX introduce la era de la federación o la humanidad se verá sumida por otros mil años más en el purgatorio». No ha llegado el advenimiento de la era federalista y se cumple su vaticinio: «una democracia compacta, con apariencia de estar fundada en la dictadura de las masas, pero en la que las masas no tendrán más poder que el necesario para asegurar la general servidumbre de acuerdo con los siguientes preceptos tomados del antiguo absolutismo: indivisibilidad del poder público, centralización agotadora, destrucción sistemática de todo pensamiento individual, corporativo y regional, policía inquisitorial... No nos engañemos, Europa está enferma de ideas y de orden; está entrando en una era de fuerza bruta y desprecio de los principios».

Erich Fromm, partidario de un socialismo humanista es quien cita a Proudhon en el empeño que vuelca para que el hombre recupere su lugar perdido en la sociedad actual. Se vale de la correspondencia de Bakunin para fortalecer el humanis-

(33) Op. cit. Pág. 241.

mo que descubre en Proudhon y cita una carta del anarquista ruso escrita en 1868 : «El gran maestro de todos nosotros, Proudhon, dijo que la combinación más desdichada que podría tener lugar sería que el socialismo se uniera con el absolutismo : la lucha del pueblo por la libertad económica y el bienestar material a través de la dictadura y la concentración de todos los poderes políticos y sociales en el Estado. Que el futuro nos proteja contra los favores del despotismo; pero que nos libre de las desgraciadas consecuencias y entontecimientos del socialismo endoctrinado o del Estado. Nada vivo y humano puede prosperar sin libertad, y una forma de socialismo que acabara con la libertad que no la reconociera como único principio y base creadores, nos llevaría directamente a la esclavitud y la bestialidad» (34).

Es muy significativo el cotejo y la conclusión a que llega el profesor de la Universidad de Méjico estudiando a Marx y a Proudhon : «No, pudieron (Marx y Engels) liberarse de la idea tradicional sobre la importancia del Estado y del poder político, de la idea de la primordial importancia del mero cambio político, idea que había sido el principio guía de las grandes revoluciones de la clase

media de los siglos XVII y XVIII. En este respecto, Marx y Engels fueron pensadores mucho más «burgueses» que hombres como Proudhon, Bakunin, Kropotkin y Landauer. Aunque parezca paradójico, el desenvolvimiento leninista del socialismo representa una regresión a los conceptos burgueses del Estado y del poder político, y no el concepto socialista que expusieron mucho más claramente Owen, Proudhon y otros» (35).

La humanidad, frente a la encrucijada de la que divergían los dos caminos, el de la libertad, el federalismo, el libre acuerdo, y el de la autoridad, el centralismo y la sumisión, optó por el último, que es el más simplista, por la dimisión que hace el hombre de sus privilegios en favor del Estado omnipotente. El hombre, como dice Nietzsche, continúa siendo «un camino, una encrucijada, un puente, una gran promesa», pero no llega a cristalizarse. Para Proudhon el dilema era : o el hombre recobra su personalidad o su presencia en la tierra no tiene sentido : «La personalidad es, para mí, el criterio del orden social. Más libre, más independiente, más emprendedora es la personalidad en la sociedad y mejor es para esta sociedad».

(34) Eric From : «Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea». Pág. 208. Fondo de Cultura Económica.

México, 1960.

(35) Op. cit. Pág. 214.

F I N

POETAS DE AYER Y DE HOY

CANCION DE PROMETEO

Desde aquel mismo día
que un loco deslindó sus propiedades
lanzando su demencia a las edades,
terminó la armonía :

— ¡Esto es lo mio!
— fue su grito feroz — : ¡Esto es lo mio!

De allí partieron todos,
robando, asesinando y deshonrando,
en guerras fratricidas lapidando,
de mil diversos modos,
lo más humano :
ensuciando virtudes con... la mano.

Los hijos del hurtado
quedaron por las calles mendigando;
las hijas de la noche comerciando
con lo más apreciado;
los inhumanos
gozando el **bienestar** de los marranos.

Se fueron heredando
riquezas, libertad, justicia, orgía,
para los endiosados, mas un día...
Prometeo, clamando,
rompiendo amarras,
mató de un manotazo las chicharras.

★

AL PUEBLO HERIDO

¡Gloria a tí!, pueblo herido y soberano,
dechado de potencias millonarias,
que venciste milenios con humano
valor de hermanas frentes solidarias.

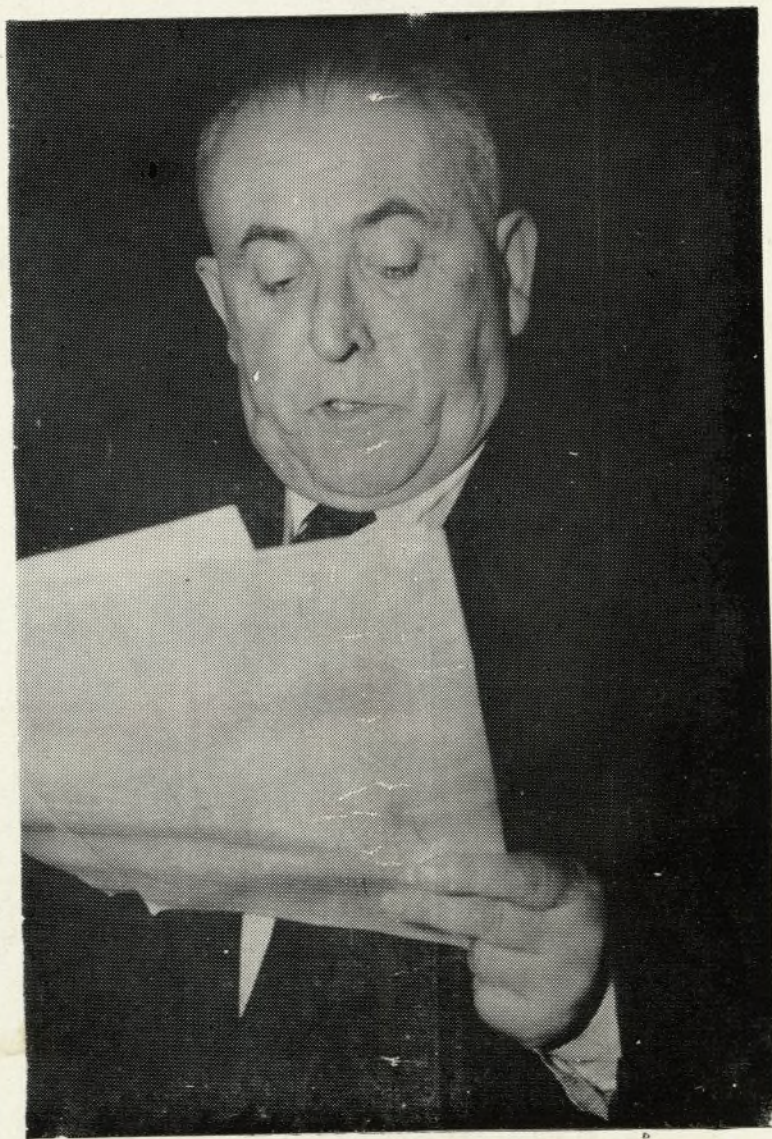
Si un día de mañana muy temprano,
las represas y cadenas falsarias
que te imponen deberes de gusano,
crujen bajo tus fuerzas planetarias,

crearé que superan tus virtudes
a los vicios que tanto mal te han hecho,
pues, osado en tu afán de plenitudes,
brisas del mar azotarán tu pecho.

¡Pueblo!, levanta la cerviz y marcha,
o serás presa de invernal escarcha.

COSME PAULES

EN BREVE...



el segundo tomo de las obras de F. ALAIZ

"TIPOS ESPAÑOLES"